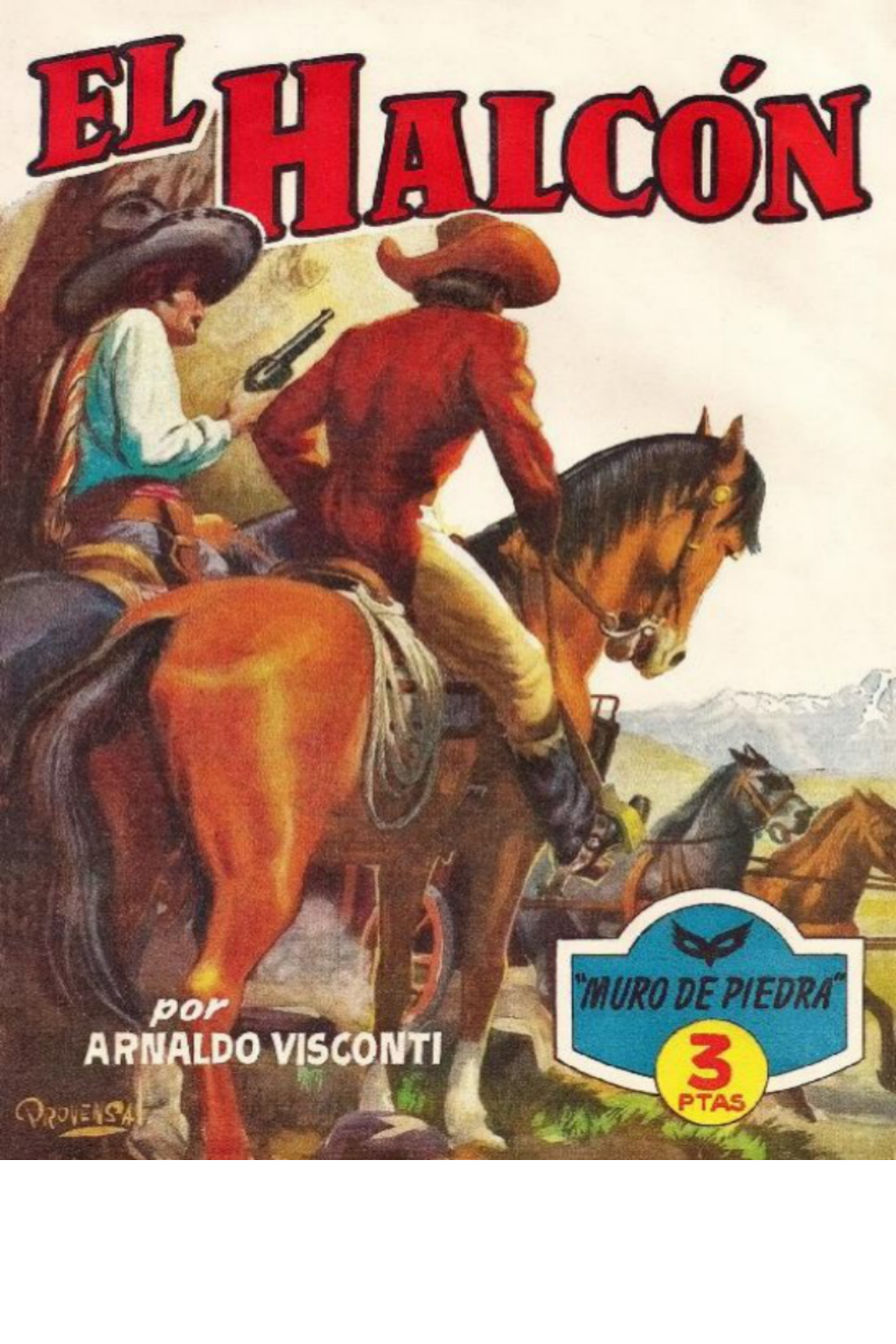


EL HALCÓN

An illustration of two cowboys on horseback. The cowboy on the left is wearing a wide-brimmed hat, a light blue shirt, and a brown vest, holding a revolver. The cowboy on the right is wearing a brown hat and a red jacket, looking towards the right. They are in a Western landscape with mountains in the background.

por
ARNALDO VISCONTI

PROVENSAL



El HALCON



EDITORIAL  BRUGUERA

Es propiedad del Editor.
Reservados los derechos.

IMPRESO EN
EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA



“MURO *de* PIEDRA”

CAPÍTULO I

BRUTALIDAD Y OSADIA

Jeremy Dupont Bloke, para quien no supiese quién era en realidad, aparentaba ser un obsequioso y cortés personaje, de rostro redondo y moreno, blanquísimos dientes, cabellos canosos y modales exquisitos.

Su manera de hablar parecía siempre una petición de indiligencia, como si aborreciera tanto las estridencias verbales como las físicas.

Era, no obstante, el jefe de los rurales de la hermosa y turbulenta ciudad portuaria de Savannah, y cuantos, engañados por un apacible primer interrogatorio, habíanse atrincherado en reticencias de expertos delincuentes, lo habían deplorado cuando ya era tarde.

No habían previsto lo que se avecinaba cuando Jeremy Dupont Bloke, colocándose unos guantes amarillos con gesto mundano de quien se dirige a una fiesta en la que va a divertirse discretamente, asestaba después crueles y péfidos puñetazos expertos, en los que las plaquitas de hierro que llevaba bajo la piel de los guantes, protegiéndole los nudillos, buscaban las partes más sensibles del rostro del interrogado.

Y como decía el propio Jeremy Dupont: «Cuando se empieza una labor, hay que dejarla bien rematada».

En 1859 había sido nombrado jefe rural de Savannah. Llevaba dos años ejerciendo aquel cometido, y su aparente cortesía era tan comentada como su real insensibilidad cruel.

Pero nunca había acogido la noticia de una muerte violenta con tanto agrado como cuando, a media madrugada del mes de mayo de 1861, fueron a despertarle para hacerle saber que en el «Drinker's House» había sido muerto de un disparo, el "forastero» Rock Gambler.

—No me diga —silabeó risueño Jeremy Dupont, saltando de la cama y vistiéndose con esmero, sin precipitaciones—. Estamos en privado, Benton, y es usted mi ayudante principal. No intente darme una noticia tan agradable, si luego he de verme defraudado.

—Carney hacia su ronda, señor, cuando oyó un disparo y corrió hacia el lugar de donde había partido. No vio a nadie, sino tan sólo a Sally, que desde la alta ventana de su alcoba disparaba hacia la calle por dos veces. Subió al «Drinker's House», que estaba ya desierto, y ayudado por Sam, el criado negro de Sally, logró entrar en la alcoba de ésta. La vio desmelenada y presa de un ataque de nervios, llorando histéricamente, abrazada al cuerpo del forastero Gambler. Sam se llevó a su dueña, desmayada. Me incliné y coloqué mi diestra en el corazón del forastero. Aguardé lo suficiente para darme cuenta de que no había ningún latido de vida...

—¿No fue Carney el que acudió?

—Pero yo estaba por las cercanías, señor, y subí tan sólo un minuto después que Carney. Lo he dejado allí y he venido a comunicarle el hecho.

—Un agradable despertar, Benton. ¿Quién disparó?

—Carney dice que pudo sonsacar a Sally, quien con voz entrecortada le dijo que, al disponerse el forastero a abandonar su alcoba por la ventana que había utilizado para entrar, sonó un disparo procedente de la calle, y, alcanzado en el costado, el forastero cayó malherido, como fulminado por un rayo, Carney corrobora el hecho de que el primer disparo que oyó partió de la calle y justamente bajo las ventanas de la calle del «Drinker's House»...

—Al parecer, tenemos, pues, que descartar toda posible intervención de los celos. ¡Oh, sí!... Los celos: infierno en vida de los amores no compartidos, Sally adoraba al forastero. Este tenía todo lo necesario para atraer los baqueteados corazones de todas las mujeres del «Drinker's House»: brutalidad, osadía, buena planta y carencia de escrúpulos. Pero me ha defraudado. Llegué a tener la inquietante certidumbre de que Rock Gambler tenía siete vidas como los gatos, y no le conceptuaba, como muchos otros, un pendenciero alocado, que exponía constantemente su vida. Su muerte ha sido casi una solución... Había muchas personas en Savannah que estaban esperando su regreso del Sur para intentar liquidarle. En fin, Benton, vamos allá —y suspiró el mestizo francés—. La vida es una delicada vela perfumada que se extingue al menor soplo. Sensible, muy sensible, y ya no me resta más que cumplir con lo que en cierta ocasión prometí a M. Gambler. Será para mí un grato honor prestar mi hombro para ser uno de los cuatro que conducirá el féretro.

Instantes después, el agente rural Carney saludaba a su jefe, que, acompañado por Benton, entraba en él alegre antro nocturno más popular de Savannah.

La gran sala, habitualmente ruidosa y rutilante de luces, aparecía silenciosa, y sus grandes espejos con molduras floradas reproducían, en vez de alegres parejas bailando o ebrios cantando, figuras de desolación.

Las forzosamente reidoras: «mariposas nocturnas» tenían sus alas plegadas, pensó el mestizo francés, mientras avanzaba por entre las que, con semblantes entristecidos guardaban un silencio de velatorio.

Carney, junto a su jefe, iba repitiendo lo que ya Benton había explicado:

—y... Lorry, el «mediquillo», esta con el cadáver, Señor.

Elmer Lorry era el dueño de la funeraria más acreditada, de Savannah. Obtenía también beneficios extras recetando pócimas, qué, según aseguraban los maliciosos, le proporcionaban el doble beneficio de envasar líquidos nocivos, y después tomar medidas para el ataúd del que había cometido la imprudencia de ingerir las pócimas recetadas por el dueño de funeraria.

Pero lo cierto era que aquella calumnia era injusta, puesto que Lorry lograba milagrosas curas entre su clientela, compuesta de negros supersticiosos y camorristas descalabrados.

Una mulata de añiado semblante lloraba desconsoladamente tratando de poner sordina en sus hipos esporádicos e intempestivos.

Jeremy Dupont se sentía, a veces, profundamente conmovido.

—¿Por qué llora Mlle. «Risette»? —preguntó dulcemente, acariciando

los satinados hombros de la mulata.

—¡Pobre Sally! —gimió la interpelada, mostrando su rostro bañado en lágrimas—. Le quería mucho... Iban a casarse.

—Confraternidad femenina, sentimiento que nos demuestra la solidaridad que existe entre las viudas. Parece un concierto de plañideras... Pero no lloráis por el apuesto y arrogante M. Gambler, sino por la pena de Mme. Sally. ¿Dónde está Mme. Sally, Carney?

—En su despacho, señor. Lorry le dió un soporífero para que durmiera, y sus nervios se aplacaran.

—Este Lorry es un hombre que posee mucho tacto y buen corazón.

En la suntuosa alcoba de Norah Blondel, «Sally" para los de Savannah, un enteco y vivaz sujeto estaba dedicándose a una operación que Jeremy Dupont calificaba de "el póstumo traje»...

Con una vara de medir recorría el largo y atlético cuerpo tendido en el suelo, inmóvil. Los pardos ojos de Jeremy Dupont Bloke miraron con agrado la postura del caído, que, con la diestra engarfiada sobre el costado izquierdo, mostraba manchas rojas por entre los dedos.

—El rey de la trampa no halló ardid contra los ases de la muerte —dijo, a modo de oración fúnebre, destocándose.

Elmer Lorry incorporóse, y saludó con profunda reverencia al jefe rural; éste avanzó y, doblando una rodilla, aplicó su diestra contra la fría zona del corazón de Rock Gambler.

Ningún latido, y las mejillas bronceadas iban ya socavándose, creando la peculiar máscara mortal que cincela la calavera.

—Mala suerte, M. Gambler... —dijo Jeremy Dupont, reincorporándose y sacudiéndose la rodillera—. Era usted el prototipo del triunfador brutal y osado, inteligente y acometedor. Mala suerte, M. Gambler.

—Un plomo en el corazón, jefe —dijo Lorry—. Intenté ahondar con mis pinzas y toqué el plomo. Pero era ya inútil, jefe, y por esto volví a colocar la mano de Gambler en la misma posición.

—Sentido artístico, Lorry, y moraleja. Un hombre que no tenía corazón ha muerto por ruptura de corazón. En el fondo, siento un poco de pena. La brutalidad y osadía de *Monsieur* Gambler me emocionaban, porque tenía un toque de elegancia despreciativa. M. Gambler habría sido un magnífico tribuno mezcla de Robespierre y Danton, si hubiera nacido hace un siglo. Ha sido prosaica la guillotina de un vulgar balazo. ¿Y Mme. Sally?

—Era difícil lograr que no cometiera un acto desesperado, jefe. Por eso la he suministrado una dosis de soporífero suficiente para que duerma doce horas de un tirón.

—Eres plebeyo, Lorry. Con tus medicamentos asfixias los bellos sentimientos.

Jeremy Dupont, con gesto elegante, extrajo de su cinto-cartuchera un diminuto espejo. Se miró en él, y murmuró:

—Es extraño. Pero me decepciona una muerte tan vulgar. Siempre pensé

que si me anunciaban la muerte de M. Gambler, yo pensaría: «¿Con qué finalidad se ha muerto? ¿Que utilidad le reporta? ¿A quién pretende engañar?».

Y volvió el jefe rural a arrodillarse junto al cuerpo inmóvil, aplicándole el diminuto espejo ante los labios. El azogue quedó limpio, sin empañar.

Suspiró Dupont, levantándose, y sacudió la rodillera.

—M. Gambler muerto, me produce más sospechas que un «desesperado» vivo. Pero triste es reconocer que soy un cerebro tortuoso y excesivamente inquieto. Por fortuna..., por desgracia, M. Gambler no sufre ya la desdicha de batallar para nada, porque vacía es la vida y más valeroso es vivir que morir. Trae el mejor de tus ataúdes, Lorry. Yo seré uno de los portadores, y a todo gran señor, gran honor.

Ondeó Dupont su ancho sombrero hacia el cadáver, y abandonó la alcoba, para sentarse en el rellano del primer piso, desde el que divisaba la gran sala de espejos, donde alguna de las «nocturnas mariposas», cansada de entristecerse, dormitaba.

—Aguardar es lema del sapiente —dijo Dupont, arrellanándose cómodamente en un amplio sillón—. A la puerta, Carney; en la acera, Benton; pero ambos invisibles. Traedme a quien inquiera noticias de M. Gambler. Dicen que los asesinos suelen rondar el lugar de su reciente crimen.

Elmer Lorry salió de la alcoba, y al pasar delante del jefe rural dobló el espinazo sin cesar de andar. Agitó Dupont la mano con el indolente ademán del amo que agradece el meneo de rabo de un can.

—Regresa pronto, Lorry. Tengo ansias de ver ya a M. Gambler vistiendo su último traje.

A las cinco de la madrugada, y cuando ya la sala de espejos estaba vacía de fatigadas bailarinas ahítas de pisotones y estrujamientos, y doblemente cansadas por la excitación nerviosa de haber hecho eco a los desgarradores sollozos de Norah Blondel, Jeremy Dupont contempló por entre sus párpados entornados a los tres individuos custodiados por Benton y Carney.

—Preguntaban si era aquí donde se alojaba Rock Gambler, señor —dijo expresivamente Benton.

—A la puerta, Carney —ordenó Dupont—. ¿Sus gracias, señores?

—Soy Jim Cordy, capataz da la plantación de Theodor Clayton, en Beaufort —dijo con brusquedad el más viejo de los tres.

Arrellanado en el sillón, con las piernas extendidas y las dos manos aplicadas en las pistoleras, Jeremy Dupont sonrió amablemente.

—¿Dolor de muelas? —inquirió, con suave entonación.

Los tres recién llegados eran distintos entre sí. Al menos dos de ellos diferenciábanse del que había dicho llamarse Jim Cordy, ya que, idénticos en vestimenta y rostro, tenían más juventud que Jim Cordy, pero en los tres había un rasgo en común: la descuidada negligencia del pistolero y una estrecha venda negra que, apretándoles la mandíbula inferior, anudábase bajo el ancho sombrero.

—No me diga, M. Cordy, que los dos caballeros que le acompañan son gemelos, porque ya lo veo. Prefiero que me diga por qué desde hace dos días se encuentran ustedes en Savannah, y distintas veces han venido a este mismo lugar preguntando incesantemente por M. Gambler.

Jim Cordy fué uno más de los engañados por el acento apacible del mestizo francés. No quiso explicar que tanto su mandíbula como la de los dos gemelos había sido rota por un certero puntapié de Rock Gambler, y menos pensaba aclarar que habían llegado a Savannah para dar muerte al que había propinado tan brutal paliza al hacendado Theodor Clayton.

—Usted será jefe rural de Savannah, pero nosotros somos hombres al servicio de Clayton, del estado de Carolina, y no estamos acostumbrados a responder preguntas —dijo Jim Cordy.

El agente Benton actuó con su habitual eficiencia cuando vió el ademán «contraseña» con que Jeremy Dupont se acariciaba reflexivamente la barbilla, dejando por un instante de apoyar la zurda en la funda pistolera.

Un cañón de pistola apoyóse en la espalda de cada uno de los dos pistoleros gemelos.

—¡Quietos! —bramó imperativamente el rural.

Jim Cordy tenía ya medio desenfundada su arma cuando gritó enfurecido y rabioso, una fracción de segundo después de que su brazo pendiera inerte, atravesado por el balazo disparado por Jeremy Dupont, que seguía sentado cómodamente.

Aun humeaba el cañón de la pistola del jefe rural, cuando, con su agradable voz, más que ordenar, parecía rogar:

—Abajo los cintos, gemelos.

Uno de ellos quiso aprovechar la ocasión, pero una bala de la otra pistola de Dupont le inmovilizó el brazo, mientras, excitado por los peligrosos disparos, y aunque confiando en la proverbial puntería de su jefe, el agente Benton aplicaba sendos culatazos en los cráneos de sus dos custodiados.

Desplomáronse los golpeados, mientras, en pie, tambaleábase Jim Cordy, sosteniéndose el brazo herido.

—Cometió un error, M. Cordy. No lo repita. Estamos en el Estado de Georgia, y la considerable influencia en Beaufort de M. Clayton es nula aquí —y mientras hablaba púsose en pie Dupont, después de enfundar las dos pistolas. Dedicóse a la extraña operación de ajustarse en los dedos los amarillos guantes de piel de cerdo—. Aclararé su cerebro, mientras Benton, con eficacia, procede a maniar a e inmovilizar a los dos gemelos. Usted vino a Savannah para dar muerte a M. Gambler... ¡Oh, hágame el favor, querido amigo! No lo niegue. Evitemos inútiles discusiones que me zahieren, porque es ofenderme el tomarme por más imbécil de lo que realmente soy. La venda que rodea su mandíbula es la misma que aquí en Savannah rodea la mandíbula de Dare Taft, un conspicuo terrateniente, dueño de astilleros, pero que cometió la indiscreción de colocar su rostro al alcance de la acrobática pierna de M. Gambler.

Jim Cordy, lívido y mareado, con su propio pañuelo dió varias vueltas alrededor de la herida, improvisando un torniquete para contener la sangre. Le ponía aun más al borde del desmayo la dulzona voz del mestizo...

—Recapacitemos, M. Cordy. A las dos aproximadamente, apenas hace tres horas, la considerable vitalidad plena de osadía del brutal y elegante M. Gambler cesa de latir abatida por un mísero plomo de pistola. Un certero tirador acechó desde la calle el momento en que, saliendo de una galante cita de amores, el simpático Gambler dióse cita con la muerte inesperada. ¿Quién disparó? ¿Usted o uno de los dos gemelos? Me inclino a creer que fué usted, basándome en la ley física que exige igualdad de sentimientos en los dos nacidos al mismo tiempo. Y sólo se oyó un disparo, M. Cordy. Uno solo...

—Me enferma usted con sus «monsieur» y el empalago de su voz —gruñó Cordy, irritado.

Avanzó dos pasos Dupont, sonriente.

—Reconozco que mi cortesía y mi amable entonación están desplazadas desde que en 1789 empezó a funcionar una guillotina decapitando a los versallescos antepasados de mi padre. Va a enfermarse más, M. Cordy...

No había aún acabado de pronunciar el nombre, cuando una de sus manos chocó sin gran fuerza contra la barbilla vendada, mientras la otra, en rudo puñetazo, alcanzó entre las dos cejas al capataz.

Los dos gemidos, eco del doble golpe, hicieron brillar los ojos pardos del mestizo, que inclinóse para coger por los sobacos al semiinconsciente Cordy, volviéndole a levantar y sosteniéndolo.

—Por favor, M. Cordy. Evítame la destrucción de su semblante, que precederá a la tumefacción de su cuerpo. Mis nudillos son incansables, gracias a la ayuda de unas plaquitas de hierro que se amoldan a mis manos, preservándolas por un afelpado interior de blando algodón, ¿Se entera, M. Cordy?

—¡No fui yo!... —cloqueó lastimosamente el capataz, agotada su arrogancia.

Otro doble puñetazo le sacudió a diestro y siniestro la dolorida cabeza, y cayó desvanecido. Jeremy Dupont acaricióse los nudillos, acercándose a uno de los gemelos, que, ya repuesto del culatazo, le miró duramente.

Varias veces había asomado por la puerta la negra faz del hercúleo Sam, el fiel criado de Norah Blondel, que, al igual que alguna bailarina, despierta por los disparos, habíase retirado prudentemente al divisar la figura de Jeremy Dupont.

—¿Quién disparó contra M. Gambler?

A la pregunta del jefe rural, el gemelo contempló las abiertas piernas de Benton y los guantes de piel de cerdo que se hallaban a la altura de su rostro, y replicó ceñudamente:

—Vinimos a despacharle, jefe. Lo admito. Pero desde las once de la noche hasta ahora no nos hemos movido del hotel. Lo puede atestiguar el dueño y su esposa, que estuvieron, bebiendo y jugando a las cartas con

nosotros. Y había más testigos. Una de sus hijas de once años y una criada...

—Sensible, muy sensible... —comentó Dupont, quitándose los guantes lentamente y volviéndolos a colocar, lacios y atravesados, entre su cinto, y la camisa a cuadros grises y blancos—. Las reticencias, los sofismas y las capciosas negativas a informarme me dan siempre un trabajo superfluo. Una «cordelera», Benton.

El agente, con un largo bramante delgado, reunió las maniatadas muñecas de los dos gemelos después de ponerlos en pie. Uno de ellos, aturdido, y no repuesto del culatazo, boqueaba ansiosamente...

—Otro desengaño. Mienten los que afirman que los gemelos reaccionan con similitud de sentimientos. Ate en la «cordelera» a M. Cordy, Benton. Llame a Sam, que anda despierto, y acongojado, y distráigalo encomendándole la misión de conducir a éstos tres caballeros al retén; de allí, los agentes de guardia los llevarán hasta la frontera.

Jim Cordy, ya recuperado, gemía débilmente, en pie, y atado a la fila india formada por él y los dos hermanos.

—Lamento obligarle a oír de nuevo mi voz empalagosa, M. Cordy. Irá usted ahora bien acompañado hasta la frontera entre los dos Estados. Un corto viaje durante el cual le suplico encarecidamente reflexione sobre mí consejo amistoso. En Savanah abundan en exceso los que disparan como réplica a preguntas. No vuelva por aquí. Por una vez imitaría a mis habituales clientes, y dispararía contra ustedes, para después preguntarles, el motivo de su venida. No me ofendería por su silencio, porque no habría ya fuerza humana capaz de hacerles hablar. ¡Hola, Sam!... Ya Benton, con su habitual elocuencia, te habrá explicado el favor que nos vas a hacer. Llévate a esos señores, y no te entretengas mucho. Adiós, M. Cordy. Muy, afectuosamente adiós, que es palabra muy diferente de «hasta la vista». Y usted, Benton, regrese a su acecho. Esos tres caballeros no tuvieron nada que ver con el asesinato que nos interesa.

Volvió a arréllanarse, y volvió a entornar los párpados, cuando, ayudado por otro hombre, Elmer Lorry, desfiló portando a hombros un magnífico ataúd de madera esculpida en relieves de gran efecto ornamental.

—Bien hecho, Lorry. Lo mejor de lo mejor para el más excepcional de los caballeros que he conocido. Que descanse cómodamente el que vivió tan peligrosamente.

Púsose en pie para seguir a la fúnebre comitiva, a la que se anticipó cuando llegaba al umbral de la abierta alcoba. En el suelo seguía inmóvil Rock Gambler.

Emitiendo un suspiro, regresó Dupont a su sillón. A las siete de la mañana, tres robustos individuos subieron acompañados por Benton.

—Preguntaban también por Rock Gambler, señor.

—¿Os envió Dave Taft? Estoy candado por la vigilia, amigos míos. Ya conocéis mis guantes. No hay, pues, posibilidad de sorprenderos. Sois los tres rufianes más fuertes y batalladores de todo el astillero. Vinisteis a... Tú

mismo, «Grúa». ¿A qué vinisteis?

—Pasábamos camino del astillero... y quisimos enterarnos de si estaba de vuelta el forastero... Escuche, escuche, jefe —dijo precipitadamente el interrogado al ponerse en pie Dupont, desperezándose y cogiendo sus guantes—. Usted sabrá lo ocurrido entre nuestro patrón y el forastero. Pues...

—Abrevia, «Grúa». Vinisteis a despachar al forastero como ya en otra ocasión lo intentabais. ¿Cuánto os prometió Dave Taft?

—Mil dolares a cada uno —dijo otro de los tres.

—Incitación sobornada a crimen —dijo Dupont, mientras mentalmente efectuaba un cálculo, valorando en diez mil dolares «echar tierra», al asunto como precio que pediría a Dave Taft—. ¿Dónde estabais a las dos de la madrugada? Detallad vuestra noche, pero con seguridad. Todo lo comprobaré.

—Dormimos con el equipo, jefe. Pero precisamente a las dos aun estábamos sentados oyendo cantar a Jimmy, que cuando ha bebido demasiado no deja dormir a nadie. Pero como canta tan bien, no lo lamentamos.

—Quizá os salve vuestra afición al *bel canto*. Idos. Usted, Benton, lo mismo que para los otros tres.

Carney y Benton regresaron después de haber obtenido el informe de los otros agentes enviados a comprobar las coartadas. Eran exactas.

—Y la dolorida viuda sigue durmiendo —replicó poco después Dupont a la pregunta de Lorry—. No sé qué hacer, Lorry. M. Gambler no tiene familiares ni nadie que le llore, a no ser yo mismo, que le echaré de menos. Veamos qué desea este arrogante Capitán del ejército del Sur.

Un uniformado oficial, acompañado de cuatro soldados de la reciente milicia sudista, subía las escaleras, donde ya dos criadas negras, por la rutina diaria, barrían y fregoteaban.

Presentóse Jeremy Dupont, y el Capitán anunció cortésmente:

—Soy un delegado del Mayor Remfries, de Charleston. Tenemos noticias de qué aquí suele alojarse un forastero llamado Rock Gambler. En la puerta un rural nos ha notificado que el citado forastero, se halla ya de regreso de su último viaje. Tengo orden de detención contra él que será sometido a juicio sumarisimo por vender municiones y armamento a los yanquis.

—¡Oh, oh!... ¿Esto supone horca M. *le Capitaine*?

—Indudablemente, justo castigo al que comercia favoreciendo a nuestros enemigos.

—Un producto de los vendidos por el forastero le ahorra una molesta labor, porque ahí dentro podrá usted mismo comprobar que la justicia terrenal nada tiene ya que reclamar a M. Gambler.

Poco, después el joven oficial regresaba, cubriéndose de nuevo con su amplio sombrero gris.

—Quien mal anda, mal acaba —dijo secamente.

—Y él hombre malo vióse siempre solo y abandonado —replicó Dupont, sonriente—. Tuvo suerte el forastero. Escapó de una muerte ominosa e ineludible al acudir imprudentemente a la ciudad, teatro de sus provocaciones.

Muy buenos días, M. *le Capitaine*. Mi sincero deseo de un pronto triunfo.

A las nueve de la mañana, cuatro hombres llevaban sobre sus hombros el ataúd, cuyo cristal transparentaba la hercúlea figura de Rock Gambler, inmovilizado en macabra rigidez.

Uno de los portadores era Jeremy Dupont Bloke, que emitió un suspiro al empezar el descenso de las escaleras.

—Pesa tanto de muerto como pesó de vivo —comentó, risueño.

Los otros tres, avezados a la cruel ironía del insensible mestizo, siguieron imperturbables. Eran Benton, Carney y Dave Taft, al cual había mandado llamar Jeremy Dupont.

Cuando el ataúd reposó en la fosa abierta, Jeremy Dupont recogió con su mano enguantada un puñado de tierra, que arrojó al fondo.

—Adiós, M. Gambler.

Un grito agudo resonó, y Jeremy Dupont tuvo apenas tiempo de evitar que Norah Blondel se arrojase al abierto hoyó.

—Calma, calma, *Madame*. Debió seguir durmiendo... Calma... Imita a M. Gambler, cuya sonrisa es ahora serena y sin burla.

Pero necesitó toda su fuerza para lograr que La rubia y hermosa dueña del «Drinker's House» volviera a ocupar el interior del coche en que había ido hasta allí.

—Mal hecho, Sam —reprochó al cochero negro—. Debiste evitar este último espectáculo a tu ama. Cállese, *Madame*. Más vale un recuerdo de amor, que con el tiempo se esfumará, a un permanente desasosiego vital. La brutalidad y osadía de M. Gambler eran excesivas para una beldad tan exquisita.

Norah Blondel, pasado el arrebató de nervios, volvió a sumirse en el marasmo ocasionado por su pena desgarradora y su física reacción al soporífero. Y pareció una niña abandonada la que, enlazada por el jefe rural, fué subiendo como una muñeca mecánica las escaleras del «Drinker's House».

CAPÍTULO II

DOBLE FALLO DEL DISCIPULO

Mucho tiempo antes de ser llevado a hombros en un ataúd, Rock Gambler había sido llevado, en una fría y lluviosa noche londinense, amordazado y atado por innumerables cuerdas hasta hallarse entre él refinado y selecto mobiliario que adornaba la sala-biblioteca de *Lord Dembley*, el poderoso financiero.

Al que días antes había vencido al campeón de los pesos pesados Bulberry, lo conducían tres robustos sujetos que le tendieron en un diván de la confortable sala.

Los negros ojos del prisionero tenían dos expresiones mezcladas: estupor y burlona fiera. Acentuóse ésta expresión cuando en un sillón, ante él, instalóse el propio *Lord Dembley*.

—Aprecié mucho tu valor inteligente, Rock —empezó a decir *Lord Dembley*—. Y por eso has ido siendo mi hombre de confianza. Conservarás la mordaza hasta que termine de hablarte. No quiero oír tus sarcásticas preguntas. No me has traicionado, Rock. Te has traicionado a ti mismo. Un exceso de confianza en tu poderosa musculatura y en tus abundantes trampas. Que te sirva eso de lección. En el barrio de Chelsea tu nombre era pronunciado con el mismo respeto y odio que el de Satán, y eso te enloquecía íntimamente de satisfacción, porque eres un niño de peligrosa vanidad. Te advertí que en Chelsea no tenías a nadie que te informase de las emboscadas que podían tenderte. Me replicaste que sólo podías engañar a cuántos se propusieran engañarte. No, superhombre. Un pulpo es poderoso porque tiene muchos tentáculos. Serás un pulpo invencible si en la misión que te destino en Norteamérica sabes proveerte de pulpos informativos. Esta vez sólo una mordaza y ligaduras te enseñan que, sin saber el terreno que se pisa, pueden hallarse arenas movedizas. Por suerte las arenas movedizas han sido tres hombres a mi servicio, que te atraparon cuando tú acechabas en la obscuridad a uno de tus rivales que, en compañía de otros amigos suyos, pretendía tenderte emboscada. Aprende la lección, Rock —añadió *Lord Dembley*, que con un cortaplumas fué cortando las tirantes cuerdas—. Y al quitarte la mordaza, no intentes hacerme blanco de tus palabras hirientes. Estoy ya acostumbrado y no me hieren.

Recordó siempre la lección Rock Gambler, y cuando partió a Norteamérica con la misión de ir formando a lo largo del litoral atlántico una serie de «tentáculos», lo hizo a conciencia.

Su misión era hartamente peligrosa. Suministrar armamento a los dos bandos que se preparaban para la guerra que se avecinaba, tenía muchas «arenas movedizas», la menor de las cuales era la secreta guerra de las industrias europeas rivales de las factorías de armamento de *Lord Dembley*.

Y en Savannah, como en tantos otros sitios del litoral, tenía Rock Gambler

un «tentáculo» inmejorable en Elmer Lorry, el dueño de la funeraria.

Al regresar de su viaje a tierras de Florida, Rock Gambler, la noche anterior al día de su entierro, verificó su primera visita, entrando cautelosamente en la salita posterior del domicilio y tienda de Elmer Lorry.

—Muchas novedades, Mr. Gambler. Un oficial sudista y cuatro soldados con orden de detención. Le someterán a juicio sumarísimo porque han averiguado que usted vendió armas a los yanquis. Dave Taft tiene tres de sus más bestiales luchadores apostados cerca del «Drinker's House». Y de Beaufort han venido otros tres hombres, dos de ellos hermanos gemelos. Clásicos hombres de manos rápidas, fundas engrasadas y ojos duros. Además, aquí tiene la lista de los que en Savannah darían su alma al diablo con tal de poder dispararle un balazo desde una esquina.

—Tengo que morir, Elmer... —dijo Gambler pensativo.

—Bueno... La situación es candente, Mr. Gambler, pero de otras peores salió usted.

—Hay un fallo en mi coraza, Elmer. Huir de Savannah me es fácil. También lo sería para mí ir quitando de en medio los obstáculos. Pero podrían intentar una estratagema: molestar a Sally, o apoderarse de ella, con la finalidad de que yo acudiese, montado en caballo vengador y lanzando a los cuatro vientos el reto de un romántico dispuesto a todo antes qué sufriera daño la mujer adorada. Ya una vez en que me robaron un perro cometí imprudencias para rescatarlo. Si he convertido Savannah en un mar tempestuoso, debo desbravarlo formando una balsa de aceite. Las olas cesarán cuando tú me coloques en un ataúd. ¿Por qué esa mirada de honda sorpresa? Tu profesión es construir cajas. Elijo la más bonita. Aquella de molduras color miel, con los arabescos alegres que tu cincel ha sabido crear en un raptó de entusiasmo. Posees una pistola herrumbrosa y vieja. Pero dispara aún y lo hará con mucho ruido. A las dos de la madrugada, desde la calle, me dispararás un balazo, Elmer. Esta misma bala —y hablando mordió Gambler un cartucho, arrancando el plomo—. No te equivoques, Elmer, o tendría yo que hacerte ocupar uno de tus estuches. Verás mi silueta tras los cristales del balcón de la alcoba de Sally.

Siguió explicándose, Gambler, y cuando hubo terminado, poco le faltó a Lorry para aplaudir.

—Ese truco de la menta y de la plancha de cobre cosida a la camisa es fácil, Mr. Gambler, pero hay que caer en ello. Y también eso del barniz rojo en vejiga de tripa.

—Pero hay que ser actor, Elmer, y tú no lo eres lo suficientemente bueno para contener la respiración, soplar aroma de menta y caer como el herido por un balazo. Es preciso haber tumbado a muchos para saber cómo toman contacto con el suelo. Y no olvides la dosis de soporífero a Sally. A Veces la histeria conduce a las mujeres a actos de los cuales se arrepentirían si el suicidio no fuera un fatal error que no deja meditar sobre sus consecuencias.

Fué innegablemente un buen actor el que estrujó la vejiga conteniendo la

pintura roja entre sus dedos, engarfiando la mano al costado, y el que con un bombón acidulado de menta entre los dientes dió a sus labios una frialdad que desesperó a Sally, al besarlos frenética, después de que desde la calle Elmer Lorry cumplió con la primera parte de su cometido.

La ancha plaquita de cobre cosida al interior de la camisa acalló los latidos del corazón. Fué más difícil el contener la respiración cuando, arrodillado, Jeremy Dupont aplicó el espejo ante los labios de Gambler.

Y la máscara de cera del maniquí que ocupó el ataúd, fué inspiración que Rock Gambler aprovechó de sus últimas andanzas, por el «bayou» de Florida.

Fueron horas incómodas las que pasó tendido en el frío suelo de la alcoba de Norah Blondel. Pero, mentalmente, Rock Gambler acusábase de ser un discípulo que iba a cometer un fallo...

Así como la muerte de «El Halcón», el caballeroso Michael Ryan, habíanle impulsado a suplantarle, también ahora experimentaba un extraño desasosiego pensando en el sincero dolor expresado por Norah Blondel.

Pese a su escepticismo y a la tragedia de su pasado, sentía a veces deseos de abandonarse a los buenos impulsos que calificaba de «corazonadas de débiles».

Cuando Elmer Lorry, sudando copiosamente, partió precediendo la comitiva de los tres rurales y el dueño de los astilleros que conducían a hombros el relleno maniquí cuya máscara reproducía fielmente los rasgos diabólicamente hermosos de Rock Gambler, éste, cerrada la puerta de la alcoba, salió de su escondrijo.

El pequeño cuarto dónde se alineaban los vestidos de Norah Blondel olía deliciosamente, pero resultaba incómodo para la atlética figura del que meditativo dió unos paseos por el mismo espacio donde, hasta que Elmer Lorry llegó con el ataúd que contenía el maniquí cubierto con sudarios, estuvo tendido gozando íntimamente con los recelos de Jeremy Dupont.

Rezongó en voz alta:

—No te mientas a ti mismo. Si la quieres, no pretendas compasión en tu fallo. El buen sentido te aconseja que te vayas. Cuánto debías hacer en Savannah, hecho está. ¿Vas a estropear esta magnífica despedida con la magnífica satisfacción de oír los quejumbrosos reproches de la desesperada viuda blanca?



—Pero le agradezco su actitud...

De antemano sabía que, por más que pretendiera, insensibilizarse, no podía llevar hasta el final la macabra comedia.

Inmovilizóse de nuevo en el cuarto ropero, dejando la puerta entreabierta, cuando oyó la voz de Jeremy Dupont.

El jefe rural, sosteniendo a la abatida Norah Blondel, tenía todas las exquisitas atenciones de un gentilhombre compadecido.

—No debería, *Madame*, no debería. Está cansada, lo comprendo. Pero es aún reciente el hecho que tanta pena le causa. Ver de nuevo esta sala, por otra parte elegantísima, abrirá constantemente la llaga. Descanse en otra alcoba, *Madame*... Pasa el tiempo, y olvidará. Y entonces, esta alcoba, no le producirá triste sensación.

—No olvidaré nunca, Dupont —dijo ella con voz débil, tendiéndose en el lecho—. Pero le agradezco su actitud...

—M. Gambler era el Caballero más inteligente con el que tuve que discutir, *Madame*. Pero créame: ha sido preferible que usted no conociera la tortura de ser su esposa.

—¿Qué puede usted saber de eso, amigo mío? —replicaba la voz cansada de Norah Blondel.

—Naturalmente, nunca he sido la esposa de nadie, *Madame*. Intente sonreír. Algún día, que deseo muy cercano, usted comprenderá que toda la

fascinación del bárbaro que ejercía M. Gambler, hubiera sido un constante tormento. Era un Caballero tramposo, demasiado habituado a buenas fortunas, y permítame decirle que M. Gambler era un ser dotado de una absoluta carencia de corazón. No vale la pena que le llore, *Madame*. Cierto estoy que él se ríe en el infierno...

—¿Quiere irse, Dupont? A veces creo que hasta en su menor amabilidad hay el goce de un cocodrilo acechando el llanto de un niño. ¡Váyase!

—Obedezco, *Madame*..., porque es usted demasiado inteligente, y creo que me ha adivinado. En fin, no obstante, cuente con mi amistad. Procure reposar, y si oye una carcajada no se alarme. Será la despedida de M. Gambler aconsejándole se tome las cosas como él lo hubiera hecho. Véase tendida en un ataúd, y verá a M. Gambler riendo con otra que...

Pese a su agotamiento, Norah Blondel incorporóse y, con salvaje furor, asió una figurilla de porcelana que estaba sobre la mesita de noche.

—Por cuanto quiero en el mundo, que era Rock, le juro, Dupont, que si no se va le estrello este cacharro contra su odiosa «jeta»...

Tras la pantalla de vestidos Rock Gambler sonrió complacido. Era muy propia de «Blondie» aquella vulgaridad...

Jeremy Dupont dirigióse hacia la puerta.

—El dolor de una enamorada me conmueve, *Madame*. Y soy demasiado artista para permitir que se estropee esta hermosa filigrana de estatuilla.

Oyóse la puerta cerrarse indicando la salida de Jeremy Dupont, y también el sonido de la estatuilla al ser colocada sobre la mesita. Y agotada por aquel postrer esfuerzo tendióse de bruces Norah Blondel.

Poco después, dormía profundamente, bajo el renovado efecto de su cansancio y el soporífero de Elmer Lorry.

Pasó un lapso de tiempo, y cuando Gambler oyó el acompasado rumor de la respiración de Norah Blondel, abandonó su escondrijo.

Fué a cerrar la puerta de la alcoba y regresó para despejar las dos mesitas de cuantos *bibelots* contenían.

Llevó también el quinqué al rincón más alejado, y lo depositó sobre el mármol de la cómoda. Luego examinó críticamente cuanto rodeaba la cama, y, convencido de que no quedaba, ya ningún objeto susceptible de convertirse en ruidoso y arrojadizo material de agresión, sentóse junto a la durmiente.

Su diestra acarició los rubios y rizosos cabellos, y, aplicando sus labios junto a la nacarada oreja, susurró:

—Estás soñando, «Blondie». Tuviste una pesadilla. Ese maldito Rock Gambler estaba muy orgulloso de verse tan lloriqueado. Fué una terrible pesadilla, »Blondie«. Despertarás ya pronto, y entonces sabrás el porqué de toda esa cruel fantochada. Pero despierta suavemente, sin volver a alborotar tus nervios delicados. No arañes, no muerdas... Sonríe como la gata agradecida que ha encontrado de nuevo el tibio amparo de su enamorado tirano y esclavo.

No hubo respuesta, pero para Gambler existió la certidumbre de que era

escuchado, porque la respiración de Norah Blondel era entrecortada, aunque sus ojos permanecieran cerrados. Y la crispación de sus manos era evidente...

—No es un fantasma burlón quien te habla, «Blondie». Necesitaba de tus aspavientos para crear un ambiente de innegable realidad a mi presunta muerte. No me acuses de inútil crueldad. Si te hubiese dicho que todo era una escapatoria, tus lágrimas no habrían tenido la sinceridad que demostraste. No te explico qué recursos empleé, porque quien enseña jugarretas es víctima de ellas. Y yo, «Blondie», si te viera aparentemente muerta, no lloraría ni gritaría, sino que viviría ya en tinieblas. Pero atiende una observación. Todo el mundo, para cerciorarse de que un muerto presunto es cadáver efectivo, aplica con gesto doctoral la mano en el lugar donde hay un corazón obligado a latir. Es contagioso. Jeremy Dupont empleo su espejo. Pero más fácil le hubiera sido apoyar un dedo en mi sien. Hubiera notado los latidos, y entonces, posiblemente, él hubiera tenido que ocupar el ataúd. Ya estas suspirando con normalidad, »Blondie«. He quitado cuanto pudiera estropearse estrellándose contra mi hermoso rostro, compartimos un secreto, pero procura ser una viuda que no se anticipe a la natural alegría de la conformación. Una suave melancolía embellecerá tus rasgos. Tengo que irme de viaje, y en vez de vernos en Savanah, cuando quiera reunirme contigo, te enviaré un mensajero de toda confianza, y nos entrevistaremos en ciudad dónde sea yo poco conocido... ¡Ah!... Veo que quieres hablar.

Norah Blondel acababa de incorporarse, arreglándose el cabello. Notábase que hacía considerables esfuerzos para mantener la serenidad que tanto le costó recuperar después del intenso sobresalto que le produjo escuchar junto a su oído la acariciante voz de Rock Gambler.

—Detesto tu seguridad. Detesto tu palabrería de hombre que cree firmemente que voy a lanzarme a su cuello, derramar lagrimitas y susurrarte ternezas por tu resucitar. ¡Hemos terminado..., y para siempre, Rock Gambler!

En la diestra del aventurero apareció la moneda de oro, que con gesto que denotaba mucha costumbre acababa de extraerse de la muñequera oculta bajo la manga de su chaqueta.

Rítmicamente el dolar de oro fué subiendo y bajando a escasa altura del puño semicerrado. Una sonrisa afectuosa dibujóse en los labios habitualmente sarcásticos del que en cada muñequera poseía una moneda acuñada con doble figura: una de ellas llevaba en el anverso la efigie de Washington, y la otra las espigas en igual forma.

—Por una vez que mi buen corazón habla, debes escucharlo, «Blondie»... Pude marchame dejándote en la creencia de mi muerte. Sabes qué siempre afirmé que un secreto a voces es el secreto confiado a una mujer...

—¡Tú, maldito comediante! ¡Tú, bribón infecto!... ¡Veté! Quien jugó conmigo tan... tan impíamente, no puede más que mentir al decirme que me quiere. ¡Te detesto, y si_ tuviera un arma en mis manos, de veras irías al

cementerio!

De su cinto pistolera extrajo Gambler la pistola de largo cañón afligранado, que enfundaba en su cadera izquierda. Asiéndola por el cañón, la tendió a Norah Blondel, quien amartilló el gatillo.

—¡Esa es tu última jugada, imbécil presuntuoso! —y apretó el gatillo. Por dos veces repitió el gesto. Rock Gambler le quitó el arma de la mano, aprovechando la sorpresa de la que, cerrando los ojos, había disparado en balde.

—Tú misma agotaste las dos balas, «Blondie». Pero el cañón puede doler manejado por manos nerviosas... —y Gambler colocó en el barrilete dos cartuchos—. Y ahora que ya estoy muerto, «Blondie», ¿hacemos las paces? ¿Sí o no?

Norah Blondel, chispeantes los ojos, crispó las manos hasta que sus nudillos resaltaron blancos...

—Si te supones gracioso, estás en un error. Eres odioso, infatuado, y, lo creas o no, hemos terminado.

—Te he impedido un doble crimen con sabor espartano, «Blondie». Deberías estarme agradecido. Mi cadáver verdadero, y tú atravesada encima de mi pechó, destrozado tu escaso seso por el balazo de la desesperación tardíamente arrepentida, sería un espectáculo que conmovería y sorprendería a Jeremy. No tomes nunca decisiones terminantes. Deja que el azar decida. ¿Ves esta moneda?

—No estoy ciega.

—Que ella decida.

—No quiero más trampas..., y mi amor..., mi antiguo amor no está albur de una moneda a cara o cruz. Quizá tardaré en olvidarte, Rock, pero... hemos terminado. Prefiero vivir melancólicamente, que sufrir emociones del calibre de esta última. Hay hombres casi tan guapos como tú, Rock, y más sensatos. He recuperado ya mi serenidad, y te hablo fríamente. Puedes irte, y que te maten por tierras lejanas de donde yo esté. En cuanto a tu resucitar, puedes estar tranquilo. A nadie se lo he de decir. Me casaré con Dave Taft, que es un honesto Caballero, rico y que hasta que tú apareciste me cortejaba correctamente y con devoción.

Rock Gambler seguía sonriendo afectuosamente, cuándo, levantándose, volvió a colocar el dolar de oro en su muñequera. Norah Blondel, sentada ahora en el lecho, le miraba casi con desdén...

—Fallo natural —comentó Gambler—. Reaparecí demasiado pronto, para evitarte algún estropicio, como, por ejemplo, diseminar tus sesos por la almohada, o roerte el estómago con veneno. Soy cándido, «Blondie». Creí que me querías, pero ya que no puedes soportar una broma inocente, pues...

—¡Broma inocente! ¡Imbécil salvaje! Me exaspera tú... No, no. Eso es lo que tú quieres: exasperarme. Te lo repito, Rock Gambler. Hemos terminado. Olvídame como yo lo haré. Adiós y buena suerte.

—Es una lástima, «Blondie». A doscientas leguas de Savanah, en medio

de un bosque lleno de trinos de pájaros, hay una pequeña colina, y en su cumbre una casita con emparrados y ventanas verdes, muy alegres. Hay también unas cortinas de chillones colores que extasían los ojos. La destinaba a que la ocupases, y te hubiera llevado a ella, a la grupa de mi «Brujo», como allá por tierras españolas van los prometidos andaluces a sus hogares. Tú, en la diestra, apretarías un papel escrito, para que el galope no le echara a volar. Sería la licencia matrimonial... En fin, »Blondie«, reconozco que Dave Taft puede darte una aburrida tranquilidad y una sumisa obediencia amorosa, que durará justo el tiempo en que se canse de ti, o te canses de él.

Los ojos de Norah Blondel habían brillado un instante con anhelo. Pero de nuevo una expresión de receloso desdén inundó sus azules pupilas.

—Harta estoy de tus trampas, Rock, y aunque estuviera con la licencia matrimonial en la mano y contemplara la casita de la colina, no acabaría de creerlo. Recuérдалo: quien abusa de la mentira, no podrá ser creído cuando sea sincero.

—No insisto. Estoy hondamente humillado y resentido —dijo Gambler, riendo con entonación distinta a su sempiterna sorna—. Si no te casas con Dave Taft, quizás vuelva a raptarte, al fin y al cabo eres la mujer más hermosa de Savannah, eres riquísima, y estás loca por mí. Tres cosas que tendré en cuenta cuando me aburra de viajar.

—¡Sólo... sólo por demostrarte lo odiosamente vanidoso que eres, me casaré con Dave Taft!

—Boda por despecho... Me callo, «Blondie». Oye, ¿si me arrodillara, creerías que quiero marcharme llevándome el recuerdo de tu amable sonrisa y en mis labios el roce de tu mejilla?

Norah Blondel levantóse, y su semblante sonrió luminosamente. Tendió los brazos, y sus labios invitadores turbaron por un instante a Rock Gambler. Éste, enlazando por el talle a la que, ocultando el rostro en su pecho, ocultó así la nueva expresión de satisfecho triunfo, susurró:

—Fallo del discípulo, «Blondie»... Sí, te has rendido demasiado pronto. Estás deseando que prodigue palabras melosas, para de pronto echarme el jarro de agua fría de tu burla...

Separóse ella bruscamente, sintiéndose adivinada, y con gesto teatral señaló la puerta:

—¡Vete!

—No puedo, «Blondie». Sam mudaría de color si viera salir a un cadáver de tu alcoba. Cuando anochezca, saldré sin que nadie pueda verme.

—Mi alcoba es tuya, Rock Gambler, Volveré a ella cuando ya no estés. Te doy hasta las once de la noche. Adiós.

—Esté desprecio de mi blanca mano me conducirá al sepulcro, «Blondie».

—Bastará con otra que, como yo, no quiera ser juguete de tus trampas, y perderás esa odiosa confianza que tienes en ti mismo, Rock Gambler. Sabes mucho, pero te falta una enseñanza: a la mujer le asquea el cinismo excesivo,

y yo soy muy mujer. Adiós.

Cuando salió de la alcoba, Norah Blondel dirigióse al final del pasillo. Vió la atlética figura de Sam, el criado negro, encogiéndose suplicante:

—No debe, señora Sally, andar así tan desesperada. Está aún muy malita y puede desmayarse. Y sin usted, señora Sally, quedaré yo muy abandonado.

El canturreo tembloroso del negro conmovió a la que en un principio iba a hacerle pagar las culpas de otro...

—Quiero dormir, Sam. Que no me despierten hasta las once de la noche.

—¡Oh, que sí, señora Sally! Yo vigilaré, y nadie estorbará. Hizo bien en no dormir allá —y señaló, temeroso, la alcoba donde se hallaba Gambler—. Los muertos bien muertos están.

—Tú lo has dicho, Sam. Los muertos bien muertos están.

A las once de la noche, entró Norah Blondel en la alcoba donde había tenido lugar la fúnebre farsa. Sam habíale comunicado, con abundante rodar de ojos, que él potro negro «Brujo» debía haber seguido al otro mundo a su dueño, porque no estaba ya en el establo, ni tampoco el equipaje del difunto se hallaba en la habitación que solía ocupar en el "Drinker's House».

No obstante, registró Norah palmo a palmo su alcoba, y cuando tuvo la certeza de que estaba sola, salió al balcón para también asegurarse de ello. Sólo entonces rasgó el sobre colocado encima de en tocador.

«Gracias por la lección, «Blondie». Tú tendrás la culpa si de ahora en adelante soy un hipócrita dulzón, que finja creer en ilusiones. No había en mi vida más que una ilusión que eras tú, y la has barrido con desdeñosa altivez. ¿No supiste comprender que mi apariencia externa y mis palabras no eran más que un disfraz temeroso? Temor de dar mucho, y no recibir compensación. Entregar mi alma, y no hallar eco. Este es el problema de todos los que injustamente acusáis de cínicos. En fin, «Blondie», ya nunca más he de volver a importunarte. Y si algún día te hablan de un Rock Gambler, galantemente respetuoso, y de frases banalmente iguales a todos los demás, será tu creación. Pero sabrás que ése será otro disfraz, pero a la inversa. Entonces será mi alma la que te maldecirá por haberla hecho cínica. Adiós, »Blondie«. Sin rencor, pero lamentando lo que representa la pérdida de mi gran amor... Es gran amor de la canción: »Dos pensamientos en uno, dos corazones al unísono«... Y para el futuro, desconfía, tanto de las palabras cínicas como de las otras. Todas disfrazan el pensamiento, y en mi pensamiento, tú eras la única llamada a reinar como dueña y señora en solitaria casita de la colina.

Con un ronco sollozo, abatió Norah Blondel el rostro sobre sus manos que estrujaban la carta.

—¿Por qué? ¿Por qué te fuiste? —preguntó a la soledad de su alcoba—. Nunca podré amar como te amé, Rock. Pero nos hacen tanta falta las palabras cariñosas... No supiste adivinar que yo era una mujer como todas... Desearía que me oyeras, Rock. Desearía otra maldita trampa y que repentinamente aparecieras ante mis ojos...

—Los deseos de las damas son órdenes para mí.

Norah Blondel saltó en pie, aprisionando su corazón con la diestra engarbada, creyendo que iba a salirse por los labios entreabiertos.

La cama acababa de elevarse y su doble colchón, con las sábanas y la colcha, rodaron por los suelos. Rock Gambler, arreglándose el arrugado vestido, respiró hondamente:

—Hallé un respiradero por el otro lado, levantando la colcha, pero este sacrificio de mi dignidad, emparedándome entre dos colchones, te dará una noción exacta del inmenso caudal de mi cariño, «Blondie». Tengo a mi caballo esperando en un establo de granja en la carretera del Norte. Déjame hablar a mí, dulzura. Cuanto dice la carta podía haber sido verdad, y las paredes de tu alcoba, por más que te quieran, no te habrían contestado: "Volveré por ti, »Blondie«. No lo podemos remediar: nos queremos. Y en la casita de la colina disfrutaremos enormemente, alejados de toda vanidad mundana.

—Llévame ya lejos de aquí, Rock —murmuró ella.

—Tengo otro compromiso anterior, «Blondie». ¡No te irrites! Me refiero a un compromiso que adquirí con un *Lord* inglés, Y en mi equipaje, colocado encima del saco, hallé una carta que no me anunciaste.

—La traje anoche un misterioso sujeto. Comprenderás... que es muy natural que se me olvidara. Y, ¡por favor!... nunca más me hagas burlas tan infames. Sabré esperar, Rock, porque al fin creo que tienes razón en lo que has escrito.

—No lo dudes. Tengo razón, aunque... no sé explicarme —y sonriendo, besó Gambler en la mejilla a su prometida—. Tus labios deben ser una delicia, «Blondie». Por el ansia de besarlos, un próximo día volveré con la licencia que nos unirá en bien y en mal, en paraíso e infierno...

—¿Dónde vas ahora, Rock?

—Muy al norte. Y me pongo ya en marcha saltando por tu balcón. Me ha citado «Muro de Piedra».

—¿«Muro de Piedra»?

—Un gran carácter. No me puede ver ni en pintura, pero yo le aprecio mucho, ¿sabes por qué? Porque es un iluso poético, sincero honrado. Hasta pronto, «Blondie». No me digas »escribeme« ni te lo pido, porque las únicas letras que sé leer son las de tu nombre en mi alma. Hermosa frase, ¿Verdad?

—y ya cercano a la ventana, añadió, Gambler—: ¿Y, además no es mentira.

Quedóse sola Norah Blondel, juntas las manos y sincera la expresión de felicidad. Y supo ser, poco después, la «viuda Blanca" apenada, porque, en su melancolía no había fingimiento. Sabía qué no tendría quietud, ya que los "viajes» de Rock Gambler tenían secretos impulsos, donde la verdadera muerte acechaba de continuo...

CAPÍTULO III

MURO DE PIEDRA

La primera bala hizo saltar astillas de la mesa. La segunda perforó el tintero, y la negra tinta derramóse sobre los papeles esparcidos encima de la mesa. La tercera, silbando más agudamente, incrustóse en la pizarra.

Dos oficiales corrieron hacia la ventana disparando sus pistolas a la vez, para repeler la agresión. Pero ya en el jardín habíase formado un revuelo, y varios soldados vestidos con el uniforme gris de los sudistas, derribaron al suelo a un hombre que efectuó aún su último disparo contra el marco de la ventana.

Durante todo aquel barullo, que promovióse al estallar repentinamente el primer disparo, sólo un hombre permaneció impávido, continuando en la labor que había iniciado medio minuto antes de sonar el estampido de la pólvora, que le sorprendió dirigiéndose a la pizarra, tras levantarse de la mesa donde los papeles iban manchándose de tinta derramada.

Con una mano firme estaba trazando varias líneas, y sin volverse continuó dibujando cuando, la tercera bala agujereó la pizarra medio metro a la derecha de la tiza que perfilaba los rasgos que querían representar una cordillera.

Jason Blake había cumplido pocos meses antes treinta y siete años. Su aspecto no indicaba lo mucho que valía; pequeño de estatura, delgado de cuerpo y poco menos que contrahecho, tenía un aire tímido y hasta místico.

Nadie podía imaginar que aquella mezquina envoltura ocultase un verdadero genio de la guerra, que con justo título calificaron sus contemporáneos como el Bonaparte americano.

Sus lecciones prácticas, donde en la pizarra demostraba teóricamente las posibilidades de la campaña, anticipándose a los combates que iban a tener lugar, parecían inspiradas en las memorables de Italia del gigante de la guerra.

Pero en mayo de 1861 seguía siendo un modesto profesor del colegio militar de Virginia, y siguió casi en el anónimo hasta la batalla de Bull Run que tuvo lugar un mes después en ella, por su inquebrantable resolución de resistir, consolidó e hizo famoso el sobrenombre que ya le daban por otro motivo sus discípulos.

Le apodaban «Muro de Piedra» porque tenía una impavidez pasmosa. Contaban que una vez, durante un ejercicio práctico entre cadetes de artillería estalló junto a sus pies un proyectil que un cadete nervioso había arrojado lejos de sí asustado al comprobar que la espoleta habíase desprendido.

Ya fué milagroso que Jason Blake no resultara malherido, pero lo que empezó a valerle el apodo fué que rodeado aún de humo, y antes, de que nadie ni él mismo supiera si sufría heridas graves, comentó con su voz sonora:

—Clásico ejemplo de lo que no debe hacerse, señores oficiales. Las espoletas desprendidas no se reparan lanzando el proyectil a ciegas. Cuando

regresemos a la Academia, cadete Melby, me diseñará usted en la pizarra todas las espoletas que he tenido el honor de presentarle, y con las cuales veo no desea entablar usted amistosas relaciones.

El cadete Melby, a punto de sollozar de remordimiento, quiso presentar sus excusas, y siempre impasible, Jason Blake replicó:

—Los proyectiles son como los animales, cadete Melby. Si se les demuestra confianza y cariño no nos hacen daño. Coja otra granada, verifique la espoleta, si ha de lanzarla lejos de sí, recuerde por favor que aquí todos nosotros somos sus amigos.

Aquella fría serenidad devolvió los ánimos a los aterrados cadetes, y prosiguió la enseñanza. Fué después cuando el cadete Melby, comentándolo, manifestaba maravillado:

—¡Muchachos! El «pro» no es un hombre de carne y hueso. Es un muro de piedra... con un alma gigantesca.

Y «Muro de Piedra» impuso de nuevo su serenidad a los cadetes de artillería e infantería, que al sonar los tres disparos habían adoptado actitudes distintas. Unos se parapetaron tras sus pupitres, como si la escuela hubiera sido asaltada por una tribu feroz de indios; otros corrieron a hacer barrera ante la pizarra; varios se dirigieron a la ventana; pálidos, pero dispuestos a morir con tal de que nada ocurriera a su "pro» favorito...

El barullo formado se aquietó y todos, menos los dos oficiales que saltaron por la ventana para correr hacia el agresor ya capturado, volvieron a ocupar sus sitios, porque la voz sonora, cálida e inmutable de Jason Blake, estaba diciendo:

—La línea primera y más alta representa los montes Cumberland. Vayan dibujándola en sus cuadernos de táctica. La segunda línea central es la cordillera que flanquea por el sur el río Potomac, y la tercera es la línea de los montes Azules. Doy gracias al señor desconocido que ha querido ayudarme formando en la pizarra un orificio que sitúa exactamente nuestra ciudad de Richmond, un poco a la derecha y al sur de los montes Azules.

El rostro ascético de Jason Blake sonreía raramente, pero su sentido del humorismo le granjeaba la cordial veneración de sus cadetes, que ahora rieron, desfogando sus nervios sacudidos por el atentado frustrado, al oír cómo el objeto de la agresión, trazando un círculo de tiza alrededor del agujero creado por el tercer disparo, decía que aquel punto era la ciudad de Richmond.

—Ignoro el alcance de las juveniles risas, porque no sé apreciar cuál es la hilaridad que pueden producir tres cordilleras y una ciudad, se destaca la jovial garganta del cadete Melby —siguió diciendo Jason Blake siempre de espaldas a sus discípulos—. Tendrá la bondad de dibujar en la pizarra el resto del contorno.

Volvióse Jason Blake para entregar la tiza al cadete Melby que rojo de confusión como siempre que su ídolo le dirigía la palabra, trazó en la pizarra el litoral, escribiendo con letra gótica las palabras Filadelfia, Baltimore.

Washington, Urbana, Big Bethel y Fuerte Monroe.

—La capital de los señores unionistas nuestros apreciados enemigos circunstanciales —dijo fríamente Blake— tiene el honor de poseer el nombre del héroe de nuestra Independencia. Nosotros, los sudistas, hemos elegido como capital esta ciudad de Richmond, para acercarnos lo más posible al núcleo principal enemigo. Todos ustedes, señores cadetes, van a salir de esta academia, tomarán mandos, y tendrán por objetivo adelantarse lo más posible hacia Washington. Deseo saber la opinión personal del cadete Melby, cuyo dominio de la letra gótica me hace concebir grandes esperanzas.

Lewis Melby, sonrió cohibido, y los demás cadetes reprimieron sus vehementes deseos de reír.

—El cadete Melby nos dirá su particular manera de realizar una operación partiendo de Richmond, y presentando batalla a las fuerzas unionistas del Norte.

—La primera máxima, mi General —replicó escogiendo cuidadosamente sus palabras el interrogado— sería asegurarse de mis servicios de retaguardia, suministro y municionamiento, porque como usted dijo, el estómago de un cuerpo de ejército es la base de que su columna vertebral no se tuerza. Después —y trazó una larga línea dentada desde Baltimore y Washington hasta atravesar con ella las tres líneas que representaban las cordilleras— teniendo en cuenta, como usted dijo que las comunicaciones son el nervio de toda operación, trataría de inutilizar la línea férrea que partiendo de Baltimore y Washington atraviesa los montes, y como usted dijo...

—Es usted quien está diciendo, cadete Melby. Yo estoy escuchando.

Continuó Melby su exposición, después de toser repetidamente, y al terminarla creyó que iba a desvanecerse de satisfacción, esponjándose de incontenible ufanía, cuando Jason Blake dijo como comentario a su detallada opinión personal de la lección táctica:

—Señores cadetes. Acaban ustedes de oír con exacta precisión lo que yo mismo, si se me encomendara la dirección de las operaciones, haría para neutralizar un posible avance unionista. Felicito al cadete Melby, porque me ha demostrado que con el tiempo llegará a ser un gran estratega. Y por añadidura, en vista de que el Alto Mando me ha puesto en la tesitura agradabilísima de hallarme presto a cualquier hora para partir hacia las líneas de batalla, y tengo que elegir un ayudante, designo al señor Lewis Melby como mi ayudante personal. ¡Comentario libre!

Con aquella última frase, que en las escuelas ordinarias era substituida por la voz de «recreo», organizóse en el aula un nuevo alboroto. Esta vez, todos acudían a felicitar a Lewis Melby.

Entraron los dos oficiales que habían saltado por la ventana, y saludando al General Blake, expusieron que el criminal estaba en la sala de estandartes bajo custodia y esperando la decisión del General. Añadió uno de ellos que ya el tribunal urgente estaba reunido, y también había sido formado el piquete de ejecución.

Jason Blake no hizo comentario alguno y acompañado por los dos oficiales dirigióse hacia la sala de estandartes. Como ya era el segundo intento que contra su persona fracasaba, y habíale dictado una orden marcial por la que todo el sorprendido con armas en la mano intentando agredir a un oficial sudista, sería juzgado sumariamente y fusilado, el hombre que estaba en la sala de estandartes, miraba a su alrededor con ojos de fiera acorralada.

Jason Blake pasó por delante de él, inclinando levemente la cabeza, y entró en la sala donde tres Capitanes, un Coronel y un General aguardaban ya. Le felicitaron por haber salido indemne de la agresión.

Sentóse Jason Blake en el estrado Ocupando el lugar que le pertenecía de vocal ponente, es decir de oficial superior de quien dependía la decisión última de la calificación y sentencia.

Entró el agresor, sujetado rudamente por dos oficiales.

Jason Blake se levantó para hablar a continuación del fiscal, quién acababa de resumir brevemente el «criminal atentado».

—Me limitaré a hacer constar, señores del tribunal y compañeros míos, que este señor, calificado de horrendo criminal, no ha cometido otro crimen que el de no haber acertado a un blanco. Yo solamente le considero culpable de ser un tirador nervioso, y haber destrozado un tintero muy valioso para mí, pues fué regalo de mis cadetes, haber inutilizado varios croquis con la tinta, y haber agujereado mi pizarra. Crímenes por los que pido la debida compensación, valorando el tintero en mil dolares y mis croquis en otros tantos; el agujero de la pizarra no lo valoro, Si, el señor puede pagar los dos mil dolares, suplico al dignísimo tribunal lo deje en libertad.

El General presidente, íntimo amigo de Jason Blake, levantóse:

—Reflexiona, Jasón, que si dejamos sin escarmiento a este asesino a sueldo de los yanquis...

—Protesto —dijo, impasible, Jason Blake—. Amigo Clollan, acabas de lanzar una acusación sin base. Permítame, ya que todo transcurre entre amigos, que yo tome juramento a este amigo. Avance usted, amigo —dijo Blake, haciendo con la mano una señal hacia el acusado, que perplejo dió varios pasos vacilantes—. ¿Qué religión profesas

—Ninguna —replicó secamente el torvo. sujeto desligando una mirada sorprendida hacia su «blanco fallado».

—Mal hecho amigo. Pero quiero ayudarte. Los yanquis son circunstancialmente nuestros enemigos, pero son militares y por tanto, caballeros. Estoy cierto que ninguno de ellos te ha pagado para matarme. Tú obedeces otras órdenes. Decláralo así, y purgarás con varios meses de cárcel tu impericia de tirador. Por el contrario, si mientes, serás fusilado por calumniar a los militares yanquis. Acércate más —y cuando, estuvo el acusado junto a él, murmuró rápidamente a su oído—: Bruce Talbot.

El acusado, dió dos pasos hacia atrás, desorbitados los ojos en el colmo de la sorpresa:

—¡Sí, mi General! Me pagó para...

—Es un asunto privado, señores del tribunal —atajó con su voz sonora Jason Blake dirigiéndose a sus compañeros—. Este hombre no ha sido más que un instrumento pero hasta que llegue el momento oportuno, deseo que sea recluido, y yo mismo le pondré en libertad, al igual como yo mismo le mataré si repitiera sus criminales fallos en el manejo de la pistola. ¿Cómo te llamas, amigo?

—Harold Harness, servidor de vos, mi General —declaró alelado el que había sido pagado por Bruce Talbot para dar muerte a Jason Blake.

—Óyeme entonces, Harold Harness. No dirás a nadie el nombre de quien te pagó para atentar contra mi vida. Si lo hicieras, te juro que serás fusilado. Suplico que con la venia del tribunal, sea conducido Harold Harness a la cárcel... y si hay polígono de tiro que le den lecciones.

Cinco minutos después, el General Clollan asía amistosamente por las solapas de su uniforme gris a «Muro de Piedra»:

—Tú tenías la palabra, y de ti dependía o no que se le aplicase la ley marcial a ese tipo. Eres muy temperamental, Jason. Tus excentricidades son deliciosas, porque eres un buen sujeto. Pero ¿ni a mí, tu íntimo amigo puedes decir quién te odia tanto como para desear tu muerte? Es imposible que alguien pueda odiarte.

—Te lo diré cuando llegue Philip.

Poco después, Lewis Melby, muy orgulloso de su incipiente función de ayudantía, entraba en el despacho privado de Jason Blake:

—¿Alguna orden especial, mi General?

—Primera Orden: no se ponga guante blanco para ser mi ayudante, Melby. Segunda orden: esta noche cenará conmigo. Tercera orden: redacte una invitación a *Mister* Bruce Talbot, el esposo de mi hermana Telma, para que ambos acudan el viernes por la noche a cenar conmigo. Residen en Lynchburg. Cuarta orden: que un jinete veloz vaya a la ciudad de Savannah, y haga pesquisas hasta lograr entregar una nota a un forastero llamado Rock Gambler. La nota la firmaré. Usted escriba, tan sólo: «Deseo verle con toda urgencia».

CAPÍTULO IV

«EL HALCÓN»

De la ciudad de Lynchburg a la de Richmond hay medio centenar de leguas. La carretera que une ambas ciudades debe atravesar el frondoso paraje del altozano de Turpid Falls, llamado así por las cataratas que el río James forma a mitad del boscoso altozano.

Por un senderó adyacente, al río y que atravesando un rústico puente conducía al tramo de carretera que enlazaba Richmond con la carretera general del sur, avanzaba un jinete, montado en brioso potro cuyo negro pelaje brillaba con lustre de sudor.

Rock Gambler, refrenó las riendas y palmoteó el vigoroso cuello del bruto que, olfateando la frescura del agua en aquel lugar sombreado, tascó impaciente el freno.

—Reposo para los dos, «Brujo» —dijo desmontando.

Mientras «Brujo», ya saciada su sed, pacía la verde hierba jugosa, Rock Gambler contemplaba con agrado el riente panorama que ofrecían las tierras del otro lado del río, donde entre hileras de copudas encinas, deslizábase la carretera que conducía a Richmond.

Era un fresco día de mayo en el que la brisa tamizaba la tibieza de los rayos soleados, que ahora moteaban de brillante polvo amarillo el verdor del cerro en que se hallaba.

Procedente de Lynchburg, avanzaba un carricoche de grandes ruedas y poderosos muelles, sobré los que se asentaba la carrocería de cuatro ventanas que, tirada por dos caballos, emprendía el ascenso por el altozano.

En una de las revueltas hacía visible el coche conducido por un postillón de ostentosa librea, en la que resaltaba la negrura del rostro.

Rock Gambler no fijó su atención prolongadamente en el coche y siguió observando los cambiantes juegos que los rayos solares creaban con luces multicolores al atravesar las cimas de las encinas, el dibujar manchas en césped el producir como un goteo de oro en las aguas de la larga cascada llamada «Cola de Caballo».

Al pasar junto a la cascada, el carruaje adquirió un brillo dorado en sus adornos y la librea del postillón resaltó luminosamente, al igual que las dos figuras femeninas que ocupaban el asiento interior.

Pero ya Rock Gambler no miraba hacia el carricoche, donde el postillón tiraba de las riendas y lanzaba gritos que la distancia hacía inaudibles.

A un centenar de metros delante del coche y en sentido inverso, avanzaban dos jinetes cubierto el rostro con ancho pañuelo, en el que habían verificado dos agujeros para permitirles la visibilidad.

Vestían los uniformes azules del ejército de Washington. Véase netamente que su intención era detener el carruaje, porque agitaban en el aire sus pistolas.

Rock Gambler sonrió con su habitual mueca sarcástica, mientras, dando un salto, subía a la silla del «Brujo». Hurgó en el interior de su sombrero, extrayendo una máscara extraña, con picó corvo y estrechas rendijas.

Del rollo anexo al saco de equipaje, apartó la larga capa macferlán de doble color y la abrochó hasta el cuello, convirtiéndose en una alta silueta negra y estilizada, de amplios hombros.

Galopaba a través del césped en sentido diagonal y el ruido de los cascos estaba amortiguado por la tupida hierba.

Desembocó en la carretera cuando ya los dos jinetes, asaltantes daban frente a los caballos de la carroza, y uno de ellos, disparando contra el postillón, lo derribaba.

El otro avanzó pistola en mano, amartillado el gatillo, y del interior de la carroza partió un grito agudo de pánico...

Restalló la correa de un largo látigo y la mano armada del asaltante crispóse... La bala que destinaba contra una de las dos mujeres, se perdió en el aire.

Un segundo latigazo le enlazó los brazos manteniéndolos sujetos contra su cuerpo. Acudió el otro jinete lanzándose contra el enmascarado, cuyo rostro tenía semejanza con el de un halcón negro...

Pero una mancha negra fué coloreándose en su frente, mientras desplomábase hacia atrás, alcanzado en el entrecejo por el certero balazo de Rock Gambler.



Galopaba a través del césped en sentido diagonal...

El otro logró desasirse del látigo, y en su impulso para retroceder y disparar rozó con la parte posterior de la cabeza el borde de la ventana de la carroza.

Una mano blanca y enjoyada, empuñando un pequeño maletín asestó

contra la cabeza del segundo asaltante un recio golpe nervioso, a la vez que oíase un doble grito femenino angustiado.

Cayó el asaltante entre las ruedas y los caballos a quienes la rápida escena habían mantenido como paralizados, encabritándose ahora para arrancar en raudo galope.

La carroza se ladeó, bamboleándose al pasar sus ruedas por encima del derribado por el golpe del maletín.

El postillón negro, tumbado en la cuneta, lanzó un grito de terror e intentó en vano levantarse para correr tras la carroza sin conductor.

Desbocados, los dos caballos galopaban a largos trancos. Rock Gambler, lanzado en persecución de la carroza, sentía por vez primera una intensa satisfacción viendo no sólo colmado su eterno afán de lucha, sino a la vez, actuando románticamente bajo la máscara de «El Halcón», el caballeroso y legendario bandolero generoso del Sur, cuya tumba él mismo había cavado en la orilla de un riachuelo para evitar que fuera pasto de buitres.

Pero la exaltación de su obscura necesidad de dejar bien afirmado el pabellón romántico de «El Halcón», no le impidió ser mentalmente el frío y calculador Rock Gambler.

Cuándo su potro negro llegó a la misma altura que los dos caballos desbocados, calculó la posibilidad de saltar desde la silla al más cercano de los que llevaban a velocidad de vértigo la tambaleante carroza.

Era un buen jinete, pero no poseía ni la destreza de los del Oeste ni de los indios, para arriesgarse a cambiar de cabalgadura en ocasión como aquella, hazaña que para un *cow-boy* hubiera resultado casi suicida, dado el desacompasado tranco de los dos caballos que entre sí se empujaban con los flancos.

Pero gracias a su fortaleza física y poderosa musculatura continuamente ejercitada, logró asir la rienda doble que pendía a un costado e ir acortando la largura para conseguir torcer los dos bocados, obligando a ladear la cabeza de ambos caballos, mientras el fuerte potro, con sus flancos, resistía el empuje del más cercano de sus semejantes.

Y al acortar la marcha, pudo Rock Gambler saltar encima del lomo del caballo, mientras sin jinete, «Brujo» seguía trotando.

Poco a poco, del galope corto, pasaron los dos caballos al trote y, por fin, a un paso aun nervioso, hasta que, no pudiendo ya resistir la presión de los bocados, se detuvieron.

La carroza habíase internado por el abrupto bosque lateral a la carretera y habíase detenido a tiempo. Poco después, hubiera terminado volcada o destrozada contra los troncos.

El cauto Rock Gambler se impuso al romántico «Halcón» y sólo cuando los dos caballos estuvieron separados del tiro y atados por las riendas a sendos troncos, regresó Gambler junto a la carroza.

Hizo una mueca burlona, cuando se apeó una gruesa y bigotuda mujer de severos vestidos oscuros, mal encorsetada y tratando de arreglar los

desperfectos que en su atuendo y cabellera había causado la carrera.

—¿Algún daño, señora? —inquirió cortésmente el hombre que agigantada su talla por el largo levitón negro, cubría su rostro con la máscara de «El Halcón».

—Mil, gracias, «Halcón» —replicó una voz acariciante.

Del interior de la carroza surgió ahora la que acababa de hablar. Una estampa tan agradable de ver, que Rock Gambler sintióse complacido de haber obedecido al impulso que le obligó a actuar como indudablemente lo hubiera hecho «El Halcón», dado su renombre de caballeroso defensor de los que a travesaban momentos peligrosos.

Era una mujer de rubios cabellos, negros ojos y blanca piel, que poseía el apicarado encanto de un rostro inocente, de boca infantil y mórbida, desmentida por la malicia de sus espléndidos ojos.

—Fui yo la que agredió al segundo bandido qua nos atacó, «Halcón" —añadió bajando y tendiendo la mano para aplicarla, en el brazo qué, doblado, tendía Rock Gambler—. Nunca... pensé que tendría la dicha de veros en persona, "Halcón». Se habla tanto de vos... ¡Qué tonta, soy! Hablan de usted como de un verdadero Caballero de otros siglos y me, he contagiado del tratamiento. No os he dicho quién soy —y hablaba ella con voluble precipitación como para dominar su reciente emoción—. La señora es mi madre política, *Mistress* Talbot. Yo soy Telma Blake, esposa de Bruce Talbot y hermana del General Jason Blake. Estará mi hermano muy orgulloso de lo que siempre ha pregonado diciendo que «El Halcón» representa el caballeroso espíritu de independencia del Sur. *Mistress* Talbot no tiene habla... Naturalmente, para ella es una magnífica sorpresa saber que nuestro salvador es «El Halcón»... En nombre de ella y en el mío, nuestro más sincero agradecimiento, «Halcón». No, hay palabras... Quisiera yo hallar una recompensa digna de usted, »Halcón».

—Contemplar vuestros ojos, señora, es algo de verdadero e inolvidable valor —dijo Rock Gambler, casi para atajar el chorro verbal de Telma Blake.

Por la carretera, tambaleándose, avanzaba corriendo el postillón negro.

—Gracias a Dios, no ha resultado muerto nuestro cochero —dijo *Mistress* Talbot, hablando por vez primera. Sus labios parecían un corte de bisturí en carne cruda, y su fofo rostro, velludo en el labio superior y la barbilla, demostraba a las claras que si bien agradecía el servicio prestado por «El Halcón», no aprobaba las calurosas manifestaciones de Telma Blake, que gozaba del considerable honor de estar casada con el vástago único de la aristocrática familia de los Talbot, de Lynchburg.

Telma Blake no apartaba su mano del brazo de Rock Gambler.

—Ha sido horrible. ¿Por qué nos? asaltaron? Y venían a matarnos. ¿Por qué? Usted mamá, aun tuvo el buen acierto de arrojar al suelo, pero yo quedé quieta como una estatua y a no ser por su latigazo tan oportuno, aquel malvado me hubiese dado muerte de un balazo. Vi sus ojos crueles brillando en el pañuelo rojo. Venía a matarme... Pero no comprendo... No es una

deligencia ni llevábamos nada de valor, a no ser las joyas.

—Por ellas venían, Telma —dijo *Mistress* Talbot—. Es sobradamente conocido que llevas siempre joyas de demasiado precio. ¡Jerry! —llamó la suegra de la hermana del General Blake.

El negro, sucias de polvo las ropas y ensangrentado el hombro, abalanzóse hacia delante, arrodillándose ante «El Halcón», cuya diestra besó. Todo ocurrió tan rápidamente, que Rock Gambler no tuvo tiempo de retirar la mano.

—¡Mi vida salvaste, oh, «Halcón»! —chillaba el negro—. ¡Tú eres el buen señor de los negros, oh, «Halcón»?...

—Y también de los blancos... y, blancas —dijo, sonriendo, Telma Blake—. Levántate, Jerry, y como oigo tus voces y veo tu agilidad deduzco que tu herida no es grave...

—¡Gracias al señor «Halcón»! —chilló, excitado, el negro—. ¡Si no llega jinete justiciero, jinete malvado me asa a tiros, «missus» Telma! Pero el señor »Halcón»...

—Atiende a reenganchar los caballos, negro charlatán —dijo, secamente, *Mistress* Talbot.

Telma Blake desprendió de su meñique un anillo que era un grueso ónice montado en oro. Lo colocó en la mano de Rock Gambler.

—Acéptalo, «Halcón». Ya sé que... desgraciadamente, no he de volverle a ver. Casi desearía que nos asaltarán al regreso de Richmond, pero no será posible, porque mi hermano cuando se entere, nos hará escoltar. Pero yo nunca podré olvidar su heroísmo.

—No lo hubo, *Mistress* Telma. Llegué por sorpresa y usted me ayudó oportunamente con el maletín. Ha sido, pues, mi cómplice.

Y la sonrisa de «El Halcón» encantó a Telma Blake, quien, acercándose más, mientras *Mistress* Talbot se aproximaba a la carroza, murmuró:

—No guarde inquina a mi suegra. Es buena, pero tiene gesto de vinagre. No es romántica y, por tanto, le parece improcedente que yo no me desmaye al verme ante un hombre perseguido por la ley.

—Gracias por su simpática actitud, *Mistress* Telma.

—Llámeme Telma, y ¡caramba, señor «Halcón»!, yo soy la que tiene que dar las gracias. Causaré sensación cuando cuente en toda reunión a la que asista en Richmond y después en Lynchburg, que fui salvada por «El Halcón». Lo qué no acierto a comprender... ¡Ah, ya acierto! Eran soldados yanquis enviados para matarme porque soy hermana de »Muro de Piedra». ¡Jerry! Vete a recoger los dos... los dos malvados.

—¿Yo, «missus» Telma? —gimió el negro, abriendo hasta su máximo los ojos—. ¿Yo, "missus» Telma?

—De los cuatro, tú eres el único que te llamas Jerry, creo yo —replicó Telma Blake riendo. Poseía, como su hermano, un gran sentido del humorismo, aun en las más peculiares situaciones, y lo que *Mistress* Talbot calificaba de «desvergonzada actitud impropia de la esposa de Bruce Talbot»,

no era más que la sincera virtud de no amilanarse.

Por esto, Telma Blake conversaba con «El Halcón» como si estuviera en una sala de baile de alguna casa de Richmond, y no hacía aspavientos por la anómala situación,

—Yo no veo la utilidad, Telma, de procurarnos el molesto y sangriento espectáculo de un bandido atropellado y otro muerto de un balazo.

—No sabes si están, muertos, mamá. Y deben hablar. Deben decir quién les ha instigado a intentar ese crimen. No por mí, sino por mi hermano. ¿No es cierto, «Halcón»?

—Mi opinión, Telma, es sumarme incondicionalmente a la suya. Pero veo que Jerry no siente gran entusiasmo para ir a recoger a los dos hombres vestidos con uniforme yanqui. Iré con él y en el portante posterior de la carroza podrán ser transportados.

—Iremos con usted ¿verdad? —y sin aguardar Telma Blake la respuesta de su suegra, penetró en el interior de la carroza.

Pero cuando la carroza conducida por Jerry, que había recobrado los ánimos al ver galopar ante ella la silueta del enmascarado «Halcón», llegó al paraje donde aun en el suelo quedaban huellas de sangre, la carretera y los alrededores estaban solitarios: los dos cuerpos uniformados de azul habían desaparecido.

Telma Blake abrió desmesuradamente sus ya considerables ojos.

—¿Qué nuevo misterio es éste? El uno atropellado y el otro con la frente destrozada no pudieron huir por su propio pie.

—Seguramente el menos malherido de los dos se llevó a su compañero —decretó *Mistress* Talbot.

—No podían, señora —dijo Jerry, desde el pescante, expresando toda su estupefacción—. Ha sido el «vudú», el genio malo que los ha llevado a donde los blancos malvados se achicharran.

—Considero más posible que un cómplice siguiera de cerca los pasos de ambos y es quien se habrá llevado los dos cadáveres. Garantizo que, al menos, uno de los dos había muerto, y en cuanto al otro, no debió quedar con mucha vida después que una rueda de la carroza le aplastó la garganta. Perdón por detallar, pero afirmo que ambos no pudieron huir y aquí deberían hallarse.

—Vámonos ya —atajó *Mistress* Talbot—. Tu hermano nos aguarda, Telma. Le quedamos muy agradecidos, señor. ¡Vamos, Jerry!

—Adiós, «Halcón». En Richmond hay muchos *tahures*, desaprensivos ladrones y pistoleros camorristas ¿sabe? Debería darse un paseo por la ciudad, y... yo residiré durante cinco días en casa de mi hermano, el General Blake. Adiós, aunque mejor hasta la vista, «Halcón».

La carroza marchóse cuando Telma dió la orden a Jerry, que antes de alzar el látigo, hizo una profunda reverencia al jinete enmascarado.

Por la ventanilla ondeó el pañuelo sostenido por la blanca mano enjoyada, en la que faltaba el grueso ónice.

Rock Gambler hizo retroceder a «Brujo», volvió a colocar la máscara en

el forro del sombrero que se quitó de debajo del macferlán, arrolló éste y poco después, al pasar cerca del río, arrojó en sus aguas el anillo.

—Venderlo sería, quizá, dar una pista. Guardarlo sería una imprudencia que podría haber cometido «El Halcón», pero no yo. La mojama y la guindilla —dijo instantes después, pensando en la acartonada suegra y la alegre Telma.

Y sonrió porque su simbólica comparación, no la habría aprobado el galante «Halcón».

Mistress Talbot aguardó que pasaran varios minutos. Después rezongó:

—Tu comportamiento ha sido indigno Telma.

Miró de soslayo al no recibir respuesta. Telma Blake, semicerrados los ojos, sonreía al recuerdo de su reciente entrevista con el famoso bandolero que era una institución en el Sur.

—Tu comportamiento ha sido indigno, Telma —repitió, con expresión aun más avinagrada, la madre de Bruce Talbot.

—¿Qué dices, mamá? No te he oído —replicó Telma, sonriendo.

—Sabes. bien que una dama de tu categoría, casada con Bruce, no debía comportarse así. A un bandido, se le da una recompensa y basta.

—Creo tener la vaga idea de que nos salvó la vida. Además, señora —y cuando Telma Blake se irritaba empleaba el ceremonioso tratamiento— «El Halcón» no es un bandido. Es un bandolero.

—No distingo la diferencia.

—Bandido es el que roba y asalta a las gentes pacíficas y honradas. Bandolero es el que ataca con violencia a las gentes malvadas.

—«El Halcón» está perseguido y lo ahorcarán cuando lo cojan. Pero, lo más inicuo de tu proceder ha sido que... ¡le has dado una cita!

—Que nada supone en menoscabo de Bruce. Muchos esposos consideran un honor que «El Halcón» bese la mano de sus esposas. Porque saben que «El Halcón» es tan Caballero como ellos, y por encima de todo está el que yo nada pienso de humano, cuando pienso en »El Halcón». Es, señora, un personaje como los antiguos caballeros de lanza y escudo... En fin, no lo comprendería usted. Mi hermano, sí. El sabrá comprenderlo.

Mistress Talbot hizo con la cabeza un gesto que podía muy bien interpretarse como significativo de que consideraba a los dos hermanos Blake como unos excéntricos indignos de haber enlazado con la aristocrática familia de los Talbot de Lynchburg.

Pero nunca lo expresaba en voz alta, porque la fortuna de los Blake era considerable y. constituía algo digno de tenerse en cuenta porque había realizado el blasón de los empobrecidos Talbot.

Jason Blake terminó de trazar un círculo con lápiz rojo en el plano que estaba estudiando. Y sólo entonces, volvió a la realidad.

—Le ruego me repita lo que me estaba diciendo antes, Melby. Confieso

que no le presté atención. Excúseme, pero tenía un contratiempo. En este plano, el cartógrafo ha menospreciado el valor estratégico del Cerro de Manassa. Quien se adueñe de esta cima dominará el valle del Shenandoxa....

Todo cuanto decía iba a resultar profético un mes después y su triunfo rápido y espectacular sobre fuerzas yanquis superiores, iba a proclamarle súbitamente el Bonaparte americano.

Lewis Melby hojeó el informe escrito que había compuesto para desempeñar concienzudamente su cometido de ayudante.

—A las diez y quince de esta mañana, mi General, ha llegado el emisario enviado a Savannah, con la breve carta de invitación al forastero llamada Rock Gambler. Informa que entregó dicha carta a la prometida del citado forastero, porque no se hallaba en la ciudad. Pero al disponerse a regresar, después de haber dormido en la fonda del puerto, supo que el citado Rock Gambler había sido muerto de un balazo, siendo enterrado a primera hora de la mañana. Supo también que un oficial con cuatro números, procedente del Cuartel General del Mayor Remfries, había ido allí con orden de detención contra el llamado Gambler.

—Otro contratiempo —dijo Blake—. Este forastero debía serme de gran utilidad. En fin, ¿que más noticias hay?

—Harold Harness, el hombre que osó atentar contra Vucencia, ha pedido hablar con Vucencia, mi General.

—Amigo Melby. Te ruego olvide, al igual que los guantes blancos, el tratamiento. Yo quiero respeto por el grado que ostento, pero no me lo demostrará mejor porque me llame Vucencia cada dos minutos. Traiga a Harold Harness.

—Está esperando, mi General.

Harold Harness se inclinó profundamente al verse ante Jason Blake.

—Puede salir, Melby. Seguramente lo que Harness quiere decirme será confidencial y privado.

Apenas hubo salido el ayudante, Harold Harness, esposado, dobló una rodilla.

—Perdón le pido, mi General. Yo nada valgo. Soy un asesino a sueldo. Pero es la primera, vez. Yo sólo había robado cosas sin importancia hasta ahora. Fué un elegante sujeto a la taberna de Richmond, donde yo duermo y me prometió dos mil dolares si le mataba, mi General. Iba embozado, pero yo le seguí, sin que me viera y pese a todos sus disimulos, logré verle entrar en una casa, que luego supe es... donde el casado Bruce Talbot organiza fiestas privadas en compañía de... virtudes fáciles. Bruce Talbot, que era el embozado, me dijo que yo haría una obra de justicia, a la vez que ganaría dinero, porque usted era un militar tiránico, que nos llevaba a la guerra para saciar ambiciones personales. Pero no es cierto. ¡Lo he adivinado, mi General! Usted es bueno...

—Escucha, Harold. Tú nunca has visto a Bruce Talbot. Saldrás de la cárcel cuando yo necesite un ordenanza de confianza. Me he informado ya de

quién eres y te ruego me perdones si hiero tu vanidad, pero no eres más que un pobre diablo. Pudiste matarme, porque, los tiradores torpes sois muy de temer. La providencia no lo ha querido y espero darte ocasión a que te regeneres. Cuando empiece la batalla de verdad, te daré ocasión de que vivas en pie, altivamente, como un buen soldado. Y si mueres no será en riña tabernaria, sino en combate leal y en el campo del honor. No vuelvas a arrodillarte... Y, entre nosotros, Harold. Las lágrimas que hay en tus ojos me agradan. Demuestran que no está seca tu alma. Pero ¡por todos los santos!, cuando seas mi ordenanza de caballo, aprende, a tirar, hijo. Sería muy lamentable que tomando por mira un tintero, me acribillaras a mí.

—Ahora... ahora comprendo, mi General, por qué me preguntó que religión profesaba. Quería usted hacerme jurar sobre mis santos. Soy, desde ahora, un alma a su servicio, mi General. No sé quién es Bruce Talbot... pero ¿y si me, preguntan quién me pagó para...? ¿Qué digo?

—Bastará que confieses que por un error de fanático, intentaste quitarme de la circulación. Pero nadie te preguntará. Volverás ahora a la sombra, Harold. Y te enviaré libros de táctica. Te gustarán porque hay planos. También te facilitaré otros libros que te permitirán saber cómo efectuaban sus operaciones los genios de la guerra.

Poco después regresaba el cadete Melby, que había acompañado a Harold Harness hasta entregarlo a los dos carceleros.

—¿Puedo explicar algo curioso, mi General?

—Explique. De vez en cuando me gusta oír chistes.

—No lo es, mi General. Resulta que este malvado asesino va gritando como un loco: «Viva Jason Blake». Casi parece una burla, ya que quiso matarle.

—Estrategia, Melby. Ojalá pudieran ganarse las batallas convirtiendo a nuestros enemigos, en amigos. Pero ya que no es así, tenemos que acudir forzosamente al empleo de las armas. Por cierto, fíjese con, detenimiento en el plano dieciocho. Hay una cota muy importante: que...

Y Jason Blake iba imbuyendo en Lewis Melby su amor por cuanto se refiriera al estudio de la ciencia bélica.

Los dos amores de Jason Blake eran sus planos particulares en los que trabajaba día y noche, dividiendo en campos de batalla todo el suelo norteamericano, y su hermana.

Cuando Telma Blake, después de permanecer abrazada un largo instante a la menuda silueta de su hermano, empezó a explicar con su voluble estilo lo que le había sucedido en el altozano, Jason, con un gesto apaciguador, la acalló para mirar a *Mistress* Talbot.

—Creo, señora, que desea, usted tomar la palabra. Excuse a Telma, pero es una batería contra la cual no puede oponerse más fuego que el del silencio.

Dió *Mistress* Talbot su versión:

—Reconozco que el bandido nos salvó. Pero su hermana, General, comportóse indignamente. Le dió un anillo y ¡le dió una encubierta cita!

—Vaya... Muy deplorable, *Mistress* Talbot, para quien, como mi hermana, tiene el gran honor de ser esposa de Bruce. Bien, Telma ¿y por qué no diste un abrazo a «El Halcón»? Tendré que hacerlo yo si me honra con su visita y supongo que le hubiera agradado más recibirlo de tu parte. Perdón, señora, pero ha usado usted un término que me ha molestado. Nada de lo que haga Telma puede ser indigno, porque es buena, honesta y leal. Precisamente por su proceder claro, descubierto y a campo libre, nada de lo que hace es indigno. Le citaré una anécdota. Hace unos seis meses «El Halcón» escaló el balcón de la esposa de Merryvale. Iba a devolver el cofrecito de joyas que le habían robado. Estuvo presente Jack Merryvale y a sus íntimos amigos les cuenta, con gran orgullo, que "El Halcón» dignóse besar la mano de Billie Merryvale. ¿Por qué lo narra con orgullo? Porque »El Halcón» es un Caballero, todo un Caballero, que defiende el honor de las damas del Sur. ¡Cadete Melby! Acompañe a *Mistress* Talbot, a sus habitaciones.

La voz sonora de Jason Blake tenía ahora inflexiones de orden y *Mistress* Talbot obedeció aun contra su voluntad, porque íntimamente temía al místico y enjuto General.

A solas con Telma, Jason Blake le cogió la barbilla.

—Mal hecho, Telma. No debes ser tan impulsiva.

—¡Toma descarga la batería en pleno! —exclamó ella, mirando hacia la escalera por la que había subido su suegra—. La venciste en toda la línea, Jason. Estoy cierta de que lo que la enoja es que «El Halcón» no la mirase ni una sola vez con atención. En cambio, a mí me admiraba ¿sabes?...

—Hago votos para que nunca se organicen batallones femeninos. ¿Cómo podría yo planear nada contra sesos tan endebles? Me desconcertarían totalmente. Tendría, que ser una táctica improvisada sobre el terreno, donde los preliminares, estudios fallasen siempre. Veamos, Telma, ¿por qué afirmas que tus dos agresores eran yanquis?

—Vestían uniforme azul, y, los yanquis te odian, Jason, porque, saben que, llegado el momento tú entrarás triunfante en Washington.

—Voy a hacerte un, poco de historia, Telma, y quiero que no la olvides nunca. Ahora existe la costumbre de que los del Sur designemos a los del Norte con el apodo de «yankees», en señal de menosprecio. Este apodo antes era empleado sólo para los del Estado de Nueva York, pues cada Estado tiene el suyo, pero ahora se aplica a todos los del Norte. El origen de este nombre, se debe a que cuando los pieles rojas saludaron a los primeros pobladores de raza blanca los de «Cara Pálida" como los llamaban los naturales, descubrieron que hablaban muy poco, por lo que les llamaron "Yanokies», palabra india que quiere decir pueblo mudo. Esta palabra ha ido acortándose gradualmente hasta quedar convertida en »yankees». Pero la usaban los pieles rojas. Nosotros hemos progresado mucho, Telma. Somos descendientes de pieles rojas, pero Norte y Sur somos hermanos de raza. Puedo jurarte que nadie que sea militar me odia en el Norte. Me aprecian, al igual que yo aprecio a sus figuras, como la del viejo Scott, por citar sólo a uno de ellos, que

fué mi profesor en la Academia, después de que él regresara victorioso de su campaña de Méjico. Pronto intentaremos matarnos, pero será noblemente. No lo olvides. Esos dos uniformados de azul, que han desaparecido misteriosamente, podrían ser soldados locos, aunque más me inclino a creer que iban por tus joyas y usaron el uniforme como fácil pantalla. Cuando te refieras a los del Norte, Telma, llámalos así los del Norte. Bien, ¿eres feliz, Telma?

Sorprendida por la brusca pregunta, ella parpadeó. Después, contemplando el enjuto rostro inteligente de su hermano, susurró:

—Lo fui... y volveré a serlo, Jason. Entre nosotros no caben secretos. Bruce está despechado porque mi orgullo se impuso a mi amor y juré que mientras no abandonara sus calaveradas, la puerta de mi alcoba estaría cerrada. ¡Le quiero, Jason! Pero tengo mi dignidad, ¿sabes? No me digas que mi estrategia es mala. Yo conozco el punto flaco dé mi marido. Todas le hacen, comprender que es guapo, arrogante y distinguido. Pero... volverá a mí, Jason. Mientras, no sufro mucho, aunque algunas me han dado a comprender que si se casó conmigo fué por nuestro dinero.

—La calumnia no puede evitarse. Bruce se casó contigo porque eres bonita como un sol. Y volverá al redil. Es un poco fatuo. ¿Por qué no vino con vosotras?

—Tenía algo urgente a que atender. No le regañes cuando venga. No ha de tardar.

—¿Yo regañarle? se casó contigo, Telma. Escucha, ángel mío de tácticas y estrategias amorosas no entiendo. Pero ¿has pensado que quizá Bruce se sintiera celoso si tú aparentemente parecieras admitir el galanteo de algún moscardón de los que te rondan? Mi consejo puede parecer algo indigno —sonrió Jason Blake—. Pero sólo es indigno lo que se hace con mal fin y con indignas intenciones.

—Intentaré reflexionar sobre tal consejo, Jason. Y ahora, iré a descansar porque la aventura me ha dejado cansada. Yo... yo creo que no deberíamos decir lo de «El Halcón», porque si lo pregonamos, todos los rurales a regañadientes tendrán que lanzarse en su persecución. Y, por otra parte, ¡tengo tantos deseos de que todo el mundo sepa que «El Halcón» me habló!

—Vete a descansar. Telma. Me fatigan tus cambios de frente.

Abrazáronse los dos hermanos, y cuando ella hubo desaparecido, contrajo Jason Blake la frente. No, aquello era imposible... Era una sospecha indigna. Bruce Talbot no podía haber ordenado la muerte de su propia esposa. Bruce Talbot quería a Telma...

A las ocho de la noche, en el despacho de Jason Blake, entraba el apuesto Bruce Talbot. Tenía una natural distinción y su rostro varonilmente hermoso, poseía tan sólo unas pupilas azules de color desvaído, receloso...

—Hola, Jason. El cadete Melby me ha enterado de lo sucedido. Es horrible. ¡Mi pobre Telma! Debió asustarse mucho... Me gustaría tener entre mis manos a los criminales que...

—Ahorremos palabras Bruce. Siéntate —y Jason Blake señaló el sillón frente a la mesa y ante él. A la vez extraía de un cajón de la mesa una larga pistola, con la que apuntó a su cuñado—. Mira bien este agujero negro. Vomitará humo contra tu frente, el día en que Telma sufra algún daño.

—Es... ¡es indigno lo que acabas de decir! —exclamó Talbot, acaloradamente, usando la palabra favorita de su madre.

—Tendremos conceptos muy distintos de la dignidad, Talbot. Desgraciadamente, mi hermana te quiere y yo no puedo ser el causante indirecto de su dolor. Te mataría con gran placer, Talbot. Muchas veces, me despierto alegre y riendo, porque acabo de soñar que en el campo de duelo, mi balazo te ha hecho saltar los sesos. No te ofusques. Piensa tan sólo que seguirás viviendo mientras Telma siga queriéndote. Eres un ser despreciable, Bruce Talbot, porque teniendo la suerte de haberte casado con un ángel, malgastas tu dinero y energías en francachelas repugnantes con mujerzuelas. Habrás notado que, pese a mi pistola y al tono melodramático con que te hablo, conservo la delicadeza de no decirte que malgastas tus energías que son muy tuyas, pero también malgastas la dote de mi hermana. Nunca pude imaginar que te casaras con Telma por su hermosura pensando también en su dinero y pensando que con éste en tu poder podrías dilapidarlo. Tus deudas de juego las liquidas honorablemente al día siguiente. Es otro mordisco a la dote de Telma. Pero no te basta —y Jason Blake volvió a colocar la pistola en el cajón— y has imaginado que mi muerte engrosará la fortuna de Telma. Ten paciencia, Bruce Talbot. Los del norte tienen buenos cañones y muchos soldados. Cuando el General Blake muera en el campo de batalla, serás rico doblemente. No vuelvas a enviar un mal tirador contra mí. Harold Harness ha confesado. Pero sólo lo sé yo... No palidezcas ni te muerdas las uñas. Es otra de tus feas costumbres. Eres un mal asesino, al igual que eres un mal esposo. Todo queda entre nosotros dos, Talbot. Pero si repitieras un atentado contra mí quizá me vería obligado a pensar en que los del Sur tienen una gran confianza en mí y por deber patriótico debería sacrificar los sentimientos de Telma y aunque Telma te llorase mucho, te mataría, Bruce Talbot, si volvieras a intentar que mi fortuna personal engrose la dote de Telma. Y por encima de todo ¡te juro que si Telma vuelve a ser objeto de un misterioso atentado, morirás! Palabra de Jason Blake. ¿Tienes algo que decirme?

—Yo creo, Jason... Yo creo que tú interpretas mal... Me parece que estás en un error, que yo...

—Balbuceas miserablemente, Adonis social. Hasta para ser asesino hay que servir. Y tú no sirves para nada, sólo eres útil para entristecer a Telma, y asquearme a mí. Escucha, Bruce Talbot: mi hermana te preguntará seguramente si te he regañado. Afírmale que no. Dile que me he limitado a aconsejarte moderación, prudencia y sensatez. Y dale gracias a «El Halcón». Le debes a él la vida de tu mujer y la tuya.

Bruce Talbot, lívido, levantóse, secandóse las manos en su pañuelo.

—Y no lo olvides, Talbot. Tú y yo somos cuñados que nos adoramos

entrañablemente. Es comedia que me repugna, pero contra el baluarte irreductible de la alegría de Telma, está mi retirada honrosa, que, traduciéndola a tu entendimiento, se reduce a recordarte que no te mato, mientras ella te siga queriendo y no le pase ningún daño físico o algún daño moral irreparable. No te vayas aun, Bruce...

Bruce Talbot, que ya tenía la mano en el pomo de la puerta, volvióse amedrentado.

—Te prohíbo terminantemente que intentes nada original a base de revestir con uniformes azules a tus asesinos. La muerte de Telma hubiera significado para ti libertad de acción para disponer por completo de su dote. No seas imbécil; ¿acaso ella te pide cuentas o yo te las exijo? Por último: Telma me ha dicho que aun te quiere. ¿Te das perfecta cuenta? Ha dicho «aun». Cuando me diga que ya no te quiere, elige la mejor de tus levitas negras, toma lección de tiro y reza fervientemente, Bruce Talbot. Ahora puedes largarte. Me asquean los hombres que tiemblan...

Contra la pared exterior y junto a la ventana del despacho, Rock Gambler había oído toda la conversación-monólogo. Apartóse de nuevo y sólo un cuarto de hora después que hubo salido del despacho Bruce Talbot, él regresó a la ventana.

—¿Da Vucencia su autorización? —preguntó burlonamente, a la par que largas piernas franqueaban el marco abierto.

Jason Blake hizo honor a su apodo. Giróse lentamente y afirmó:

—Me dijeron que era usted cadáver.

—Lo fui porque así me convino, General Blake.

—También nos conviene que nuestra entrevista haya sido secreta. Le necesito, Gambler. Y como le recomendé en nuestra primera toma de contacto hace ocho meses, cuando vino usted a ofrecerme armamento por cuenta de una factoría británica, si debía usted verse conmigo, habría de hacerlo secretamente. ¿Alguien le ha visto?

—Llegué anochecido, escondí mi llamativo potro y he asaltado su jardín sin ser visto por nadie.

—Bien. Ya no tendrá necesidad de ocultarse. Enviaré un oficio al Mayor Remfries. Un oficio secreto y privadísimo. Supongo que usted se hizo enterrar para evitar el ser ahorcado. No me cuente la trampa que empleó. Su código privado de vida en nada se parece al *bushido*. Seguramente lo ignorará. Se lo aclararé para reponerme de la sorpresa de haberle visto entrar exuberante de salud. El *bushido* es el código —nada práctico— de los *samurai* japoneses: no decir nunca una mentira, despreciar el comercio y no dar valor alguno al dinero. Le notifico que quedan escasos *samurai*...

—Siempre amable, General Blake. Gracias por su invitación a sentarme —dijo Gambler, tomando asiento.

—Nos conocimos en Baltimore, Gambler. Cuando no sabía en qué pensar, medité sobre su caso: hubiera usted sido un magnífico pirata en otros siglos. Le envidio su gallarda presencia física, aunque hago mía la frase del

curso genial, que afirma que la talla del hombre se mide por el tamaño de su frente. No quería decir que las frentes estrechas no valgan. Se refería a lo que hay tras la piel que va desde nuestras cejas hasta la nuca. Buen material el suyo, Gambler. Empleo su estilo de vendedor. Es usted inteligente, pero inmoral, pendenciero, carente de escrúpulos y temerario. Y me reprocho constantemente que, pese a saber palpablemente quién es usted, no pueda sentir una excesiva antipatía por usted.

—¿Será porque usted habría sido un magnífico pirata, General?

—Posiblemente. Le he mandado llamar... naturalmente antes de que me comunicasen que era usted cadáver... porque necesito armas y me han confiado el encargo de obtener, en la mayor brevedad, material para adornar nuestros arsenales bastante vacíos. Hay también un detalle técnico: recibimos unas granadas alemanas que estallan a destiempo. Y unos cañones suecos, que tienen un manejo difícil. Usted es un técnico. ¿Cuánto vale su tiempo mientras hace un detallado informe técnico sobre esas anormalidades?

—Si fuera japonés *samurai*, le contestaría que es para mí un gran honor ser útil al General Blake. Pero usted se sentirá defraudado. Por cada día que pierda examinando espoletas, culatas de cañón y demás utensilios de cocina, cien dólares.

—Es caro y es barato. Aceptado. ¿Cuándo podré tener en los arsenales material británico?

—El «Bealby» estará de regreso a fin de mes. Lleva una carga magnífica. Espoletas que actúan disciplinadamente, cañones muy buenos chicos y una pólvora que da ganas de comerla. Los del Norte me lo pagarían mejor que usted, General Blake.

—Gracias.

—¿De qué?

—No ha empleado el apodo.

—Trataba de hacerle comprender que ustedes son unos pobretones, General Blake. No me diga que les sobra coraje, caballerosidad y demás zarandajas, porque lo que yo necesito es moneda contante y sonante.

—No le digo que nos sobra coraje ni caballerosidad, porque no empleo argumentos superfluos. Pero voy a aconsejarle, porque sería una pérdida para mis arsenales que se convirtiera usted en cadáver verdadero. En Richmond aun no le conocen. Trate de morderse la lengua antes de hablar. Trate de ser cortés para lo cual le bastará con callarse. Trate de sonreír menos.

—¿Qué le pasa a mi sonrisa?

—Inspira vehementes deseos de romperle una silla contra el rostro. Gambler, ya que me pide mi personal opinión.

—Es usted un tipo que me resulta simpático, General.

—Lo lamento enormemente. Oiga, ¿quiere usted ser mi huésped durante su estancia en Richmond?

En la diestra de Gambler apareció el dolar de oro. Hizo que viajara deslizándose encima de sus nudillos...

—Estoy reflexionando, General. El aire de Richmond debe obturar los oídos o alternar las palabras. ¿Quiere repetirme lo qué acaba de decir?

—Usted es un técnico en armas. Le he invitado a permanecer en mi casa, hasta que se vaya.

—No acabo de entender. *Téte a téte* nos aburriremos mucho. Durante una hora a lo más puedo soportarle.

—Tengo otros invitados. Mi hermana, mi cuñado y la madre de éste. En fin, Gambler, ataque directo. No sé por qué, pero confío en que, pesé a su rostro, es usted un hombre cabal.



En la diestra de Gambler apareció el dolar de oro.

—Si mi rostro no le gusta, no dicen lo mismo las hijas de Eva.

—Ese es el mal. Siempre dije que las mujeres no tienen el seso bien equilibrado. Recuerdo que en Baltimore no podía dormir por las noches oyendo los suspiros de las que estaban inútilmente enamoradas de usted.

—Fino oído el suyo.

—Espero que también lo sea ahora el suyo. Voy a exponerle un asunto íntimo, de índole muy particular. Los aventureros como usted tienen un extraño código. Detestan los comadreos. Sé, pues, que no repetirá cuanto yo le diga. Mi hermana es... y excuse lo que de cursi pueda ver en la frase... lo único que quiero en este mundo desde que fallecieron mis padres. Tiene ciertas preocupaciones. Su marido la quiere y es un honorable caballero. Pero de vez en cuándo echa una cana al aire. Lo atribuyo a... Pero expóngame usted su opinión: además de técnico en armas lo es usted en lides amorosas.

Telma, mi hermana, demuestra demasiado que quiere a su esposo. Éste se ha desviado de ella.

—No siga, General. No invada mi terreno. Estoy cierto de que si yo hago la corte abiertamente su hermana, podría ser que su cuñado de usted, se diera cuenta que al yo dignarme cortejarla, ella tiene que tener grandes cualidades.

—Tres puntos a estudiar, Gambler. Mi hermana es como la mujer del César y está por encima de todo devaneo porque es honesta. Yo, privadamente la aconsejaré que finja acomodarse a su galanteo. Segundo punto: bajo ningún concepto provocará usted a mi cuñado. Tercer punto: ¿cuánto vale el tiempo que usted dedique a esta labor de técnico complementaria de la otra?

—Primer punto: puede ocurrir que su hermana se enamoró de mí y dado que es mujer adinerada, la rapte.

—No sucederá tal cosa, por dos razones: por la intachable lealtad de mi hermana y por mi confianza en ella y en mí. ¿Qué tengo yo que ver? Le estoy haciendo una proposición bastante escabrosa, Gambler. Si usted lo interpretará mal, tendría el sentimiento de invitarle a acudir con levita negra al campo de duelo.

—Secundo punto: su cuñado puede sentirse molesto. Y puede pretender abofetearme.

—Me temo que mi cuñado es un cobarde. Quede entre nosotros. Pero como también reconozco que usted es capaz de provocar las iras de un Job redivivo, en caso de que él le retara a duelo, haga usted una de sus alegres trampas.

—Bien, entonces queda tan sólo el tercer punto. ¿Un dolar diario mientras sea yo su huésped y diga madrigales a Telma Blake?

—¿Ofensa por ofensa? ¿Le ha dolido que le empleé como conquistador profesional; advirtiéndole que mi hermana será advertida por mí? Por eso valora usted en un dolar diario el honor de ser presentado a la esposa de Bruce Talbot.

—Quizá... ¿No se le ha ocurrido pensar que antaño pude yo haber sido un Caballero?

—Es posible que lo fuera... antaño. Pero se ha esforzado usted mismo en hacerlo olvidar a los demás. Lamento tener que citarle una anécdota relacionada con su estancia en Baltimore. Cuando Minie Parker declaró orgullosamente que iban ustedes a casarse y al día de la presunta boda, usted envió a la casa de los padres una carreta que contenía...

—Echemos tierra a esa anécdota, General. Sólo me gustan las que no conozco.

—Fué un escándalo mayúsculo. Algunos, lo encontraron gracioso. Yo, no. Quien hizo aquella broma cruel, no es un Caballero. Y fué usted, Gambler.

—Devolví... Bueno son asuntos que no le incumben. Usted, en cuestión de conflictos amorosos, no entiende ni «jota». ¿Se come bien en su casa, General? No quiero estropearle el estómago aunque perciba ciento un dolar, diario.

—Una última y doble advertencia, Gambler. Dijo usted públicamente, que los del Norte y los del Sur éramos tan estúpidos los unos como los otros. Privadamente, quizá tenga razón. Como usted todo lo con vierte en materia negociable, no quiero vea asunto negociable en mis planos. Los tengo bien encerrados, pero...

—A la segunda parte, General. Sus planos me traen sin cuidado. Los que como usted se dedican a hacer garabatos y planear batallas en frío, o llegan a grandes, Generales o los llevan con camisa de fuerza a lugares donde el propio director se cree Napoleón.

—La segunda parte es que ha sido visto «El Halcón».

—Bien ¿y qué con este pájaro?

—Este pájaro, como dice usted, donde coloca la vista coloca la bala. Y tiene especial predilección por colocar la vista encima de pajarracos amantes de trampas y de bromas poco caballerosas. Procure, pues, recordar, mientras esté en Richmond, al Caballero que era usted algún día lejano.

—¿Vamos a cenar, sí o no?

—En vista de lo tardío de la noche, ¿cuánto habré de pagar por el placer de verle comer en mi mesa?

—Sin que sirva de precedente, esta noche comeré gratis. Me he enterado que es usted un ricachón, General.

—No ha sido culpa mía. Ahora le presentaré al cadete Melby, mi ayudante. Después iremos a cenar. Confío en su inteligencia Gambler.

—Y yo en su honorabilidad. Por eso no le cobro por adelantado.

—Su humor es poco refinado, Gambler.

—Tomaré lecciones del suyo, señor General.

—No se las cobraré.

Y, levantándose, Jason Blake sentíase satisfecho, porque lograba lo que pocos hombres lograban: mantenerse impávido ante el exasperante Rock Gambler.

—Quizá el cadete Melby demuestre alguna sorpresa al verle. Y no olvidé una cosa, Gambler. Cuando se vaya de Richmond, vigile sus pasos. En el Norte y en el Sur estará usted siempre en climas cálidos. Llamo clima cálido al que se forma alrededor de un cuerpo de ejército, o un cuerpo humano cuando está rodeado de enemistades. Los del Norte le tendrán rencor por haberme vendido sus servicios de técnico y su armamento. Los del Sur, han sido informados de que el penúltimo cargamento del «Bealby» lo vendió usted en Baltimore. No todo el mundo posee mi ecuanimidad, que en su caso concreto se aparta también del código de los *samurai*; soy práctico, y dejo que mis personales apreciaciones se sobrepongan a los fanatismos.

—Usted llegará, General. Llegará a tener una tumba florida de héroe. Mientras llega éste momento sublime, déjeme contarle que le aprecio.

—Gracias. Cojo de su aprecio, la parte que puede ser halagadora. Salgamos, que seguramente ya estarán impacientes mis invitados.

CAPÍTULO V

ESTRATEGIAS

El cadete Lewis Melby, que aguardaba en el vestíbulo, empezó a sentir una vaga sorpresa cuando contempló el extraño atuendo del fornido individuo que salía del despacho del General Blake, acompañando a éste.

Aumentó un grado más su reciente asombro, cuando vió que el desconocido a la par que colgaba de una percha su sombrero, colocaba también en ella su cinto de cuero y plata, del que pendían una pistola, que habíase separado de la pernera del pantalón desabrochando el extremo de la funda y un largo látigo arrollado y pendiente de un gancho.

Eran armas tan extrañas como la vestimenta elegante, pero no común, del forastero.

—Cadete Melby —anunció Jason Blake—. Le presento al señor Rock Gambler, al cual esperábamos.

Lewis Melby hizo una mueca como para dar a entender que comprendía la broma, pero la severa mirada de su superior, le hizo estrechar la diestra del «resucitado».

—Hubo error en la comunicación del emisario, Melby —aclaró el General, que, mirando hacia el salón, inquirió—: ¿Es pronto aún?

—Las señoras no tan descendido aun y el señor Talbot salió a la ciudad, mi General.

—Tenga, pues, la bondad de ir enseñando la casa al señor Gambler y conducirle a la habitación de huéspedes que él mismo elija. Hasta la hora de la cena, señor Gambler.

—A sus órdenes, mi General —replicó cortésmente Gambler.

Por espacio de media hora, mientras recorría la espaciosa mansión, tuvo que oír el panegírico inflamado que Lewis Melby hacía de Jason Blake:

—...un genio intelectual que, con su riqueza, podría haber sido un ocioso *bon vivant*, pero por vocación ha preferido siempre sacrificarse en continuos estudios militares. Y aunque le vea usted aparentemente rígido, *Mister Gambler*, cuando lo quiere es tan flexible y agudo como un acero toledano.

—Estoy muy de acuerdo con su opinión, Teniente Melby.

Por secreta simpatía hacia Jason Blake, Rock Gambler había decidido ser un huésped respetuoso con la observancia de los buenos modales. Eligió una habitación con negligencia... cuando se hubo cerciorado de que era la vecina a la ocupada por Telma Blake.

Jason Blake, tras repiquetear con los nudillos en la puerta de la ocupada por Telma Blake, y no obtener respuesta, avanzó hasta llegar a la alcoba,

donde perfilándose en el abierto balcón y a medio camino de la amplia terraza, se destacaba la silueta de su hermana, vestida, como siempre con selecto buen gusto.

—Encantadora, Telma. ¿Julieta espera su Romeo?

—Casi, casi, Jason. «El Halcón» nunca falta a una cita. Y debió comprender que si le indiqué los días qué iba a permanecer en Richmond y dónde me alojaba, era porque deseaba hablarle y pedirle mi favor.

—Siento celos de «El Halcón». ¿Acaso yo no puedo concederte el favor que a él le quieres pedir?

—Seguro que no —sonrió ella—. Sin antifaz él debe rondar por la ciudad. Sería conveniente qué me viera en esta terraza.

—Tendrá costumbre de escalar balcones y hallar el adecuado. Un favor también quiero yo pedirte, Telma. Que logres convencer a «El Halcón» de que yo deseó verle asimismo.

—Es de todos conocido que «El Halcón» está siempre bien informado. Sabrá, pues, que tú eres modelo de Caballeros y estoy cierta de que accederá con sumo gusto a visitarte.

—¿Pensaste en lo que te aconsejé?

—Perdona, Jason, pero si te considero inteligentísimo, debo también confesarte que te doy un cero en clase de estrategia amorosa. Bruce Talbot sabe demasiado que yo le adoro. No se dejaría engañar si yo pretendiera coquetear con otro hombre ante sus ojos. Al contrario: eso le irritaría, dándole más seguridad en sí mismo. Y además, Jason, no considero adecuada táctica la de escandalizar inútilmente a mi suegra, fingiendo aceptar con agrado los galanteos de otro hombre.

—Tenemos un invitado. Rock Gambler, un técnico en armamento y también un técnico en amores.

—¿El jugador Roquizo? —tradujo ella, sonriendo—. ¿No es el golfo del escándalo de Baltimore?

—No creo haberte yo contado esa anécdota.

—Minie Merryvale era la «bella de Baltimore». Los Gresham de Lynchburg, a su regreso del verano, nos contaron lo sucedido en la boda frustrada. Y el nombre del burlador era originalmente fácil de recordar: Rock Gambler. Decían que Gambler fué elegido por Minie porque...

—Conozco esta, deplorable historieta. ¿Por qué le has calificado de golfo?

—No merece otro calificativo. Según los Gresham, no hay perversidad que no sea del dominio de tu invitado. También reconocieron que Minie merecía disculpa, ya que Gambler posee una figura excepcionalmente interesante.

—Aceptó un dolar diario por hacerte la corte.

—¿Sí? —y era suavemente amenazadora la entonación de Telma Blake.

—Te parecerá indigno, para emplear el término favorito de los Talbot y también necio el que yo haya invitado a Rock Gambler, y le haya propuesto

una estrategia que tú no apruebas. Pero te advierto que si bien no discuto que Gambler tiene bien merecida su fama de golfo, es también innegable que fué un Caballero... y puede serlo si se lo propone. Necesito de él, pero puedes decirle que no se esfuerce en galantearte. Yo lo hacía creyendo favorecerte. La reputación de conquistador peligroso de Gambler, podría haber alarmado a Bruce. Ten presente que si te exhibieras por Richmond del brazo de Rock Gambler, tu marido, para no ser un ridículo fante, podría...

—Tus teorías en el terreno de los conflictos sentimentales, no te habrían valido ni galones de cabo, mi General. Además, no te habrás dado cuenta de que Gambler es un perdonavidas indecoroso. No quisiera que... Bruce corriera peligro.

—Lo siento, Telma, pero Bruce, si bien es encantador y fascinante, debería adquirir tres cualidades: saber beber, saber tirar y ser un buen esposo. Es lástima que tú, valiendo tanto, seas tratada tan indebidamente. Será cierto lo que afirma el filósofo francés, de que las mujeres buenas, sacan en la lotería del matrimonio maridos malos y viceversa.

—Filósofos y Generales, mi querido hermano, poco entendéis de mujeres. Tengo por cierto que tu invitado será más experto. Lo pondré a prueba y dime, Jason ¿le fijaste un precio por cada bofetón que tenga que darle?

—Tienes fortuna propia —dijo, sonriendo, Jason Blake—. Por otra parte ¿qué es lo que te hace suponer que tendrás que abofetearlo?

—Los Gresham dijeron que personificaba el prototipo de la insolencia.

—Puedes iniciar la batalla cuando quieras. Quizás las escaramuzas con Gambler te distraerán de tu sorda batalla por la conquista de la felicidad en tu matrimonio.

Al quedarse sola, Telma Blake sonrió con melancolía. ¡Qué lejano estaba Jason Blake de adivinar el verdadero estado de alma de su hermana!

Mistress Talbot, acompañada ceremoniosamente por Jason Blake, descendió las escaleras. Palideció un poco cuando oyó decir al militar:

—La felicito, Aspasia —la mención del nombre que ella aborrecía, hizo al principio fruncir el velludo entrecejo a la avinagrada y conspicua dama de Lynchburg—. Dió usted pruebas de que podría ser una espléndida generala —y los ojos penetrantes de Jason Blake miraron significativamente el bono que adornaba el labio superior y la barbilla de *Mistress* Talbot—. Me refiero a que, con sagaz visión, previno usted el ataque de los dos enmascarados que intentaron dar muerte a Telma. Según ella me ha contado, usted, con gran presencia de espíritu, buscó la «cubierta completa». Esto, en términos bélicos, indica la actitud del buen soldado ante un fuego graneado, que se tiende al suelo tras el amparo de setos, matojos y accidentes del terreno.

—Vi galopar hacia el carruaje a dos enmascarados y me asusté, por lo que me tendí en el suelo del coche.

—Telma, pese a mi oposición, la llama «madre», Aspasia. Hubiera sido usted merecedora de tal nombre, si a la vez que buscaba la «cubierta

completa» para usted, hubiera atraído hacia el suelo a Telma. Por cierto y cambiando de tema, ¿no le parece indigno el comportamiento de su hijo? Tómese tiempo para contestar. Admire estas hermosas flores —sugirió Blake, deteniéndose ante un precioso jarrón—. Luego el deber social nos obligará a decir banalidades. El día en que representando a su precioso hijo, que reconozco es una monada, vino usted a pedirme la mano de Telma, hice tan sólo una advertencia. Dije que Bruce me parecía un «mariposón» inútil. Pero estaba lejos de suponerme que podía llegar a ser un canalla cobarde. Lo siento por usted, Aspasia, porque es su madre. Pero estoy atacando a batería descubierta. Usted tiene influencia sobre su hijo. Recomiende dignidad, decoro, moralidad... En fin, esas cualidades que son tan estimables. El camino que sigue Bruce puede conducirle al crimen... Reflexione, Aspasia. Yo estoy tolerando muchas cosas, porque va en ello la felicidad de mi hermana.

—Usted sabe, General, que yo no tengo la menor influencia sobre Bruce.

—Es un niño mimado. Mal soldado, Aspasia. Usted y él, porque están menospreciando el valor virtuoso de Telma y valorando demasiado mi apodo de «Muro de Piedra». Inculque a su precioso hijito la convicción de que, mientras Telma le soporte y nada le ocurra que sea evitable, yo seguiré siendo un muro de piedra. Indiferente, estoico... rezumando desprecio por el vulgar cazadotes de Bruce, que para saciar bajas pasiones no vacilaría ante nada. Repito que lo siento, Aspasia. Comprendo que está usted sufriendo... porque se da cuenta de que la bondad tiene un límite llamado tontería. Y este límite no debe tratar de buscarlo en Telma ni en su encanto de niño. Bien, *Mistress* Talbot estas flores ya han sido suficientemente admiradas. Le gustará la cena. He ordenado al cocinero que prepare los platos que tan gratos son al paladar de los Talbot de Lynchburg. Yo no podré comerlos: se me indigestan. No ignora usted que soy vegetariano.

En el salón anterior al comedor, el cadete Melby conversaba entusiasmado con Rock Gambler sobre armamento. Levantáronse ambos al entrar *Mistress* Talbot y el General.

Poco después, entraba Telma Blake y hechas las presentaciones, Jason Blake miró significativamente el reloj de pared.

—Posiblemente Bruce se retrasará, mintió Telma. —Tenía que hacer muchas visitas de cumplido y me ha rogado le excusemos si no puede ser puntual.

—Podemos aun aguardarle unos minutos —dijo Jason—. Veo que disfruta usted, con la conversación de *Mister* Gambler, Melby.

—Desearía saber cuanto sabe el señor sobre armamentos, mi General.

—¡Le costó años y viajes, Melby. Pero variemos la conversación para que las damas no tengan que emplear anticipadamente los abanicos encubriendo bostezos. ¿Entiende de modas, *Mister* Gambler? ¿Qué se lleva en Londres y París?

Con banales temas, se generalizó la y conversación; pero al pasar al comedor, no habiendo aun llegado Bruce Talbot, «maniobró» Jason Blake,

para colocar en una cabecera de la larga mesa a *Mistress* Talbot, ocupar él la otra, dejar a su lado a Melby y «aislar» en el centro a su hermana y a Rock Gambler.

Fingió tener varios asuntos qué tratar con su ayudante y de vez en cuando ojeaba a sus invitados, pidiendo aprobación por los grandes méritos del cocinero, con pueril orgullo, aunque él se atenía a un régimen sobrio.

—... por eso, precisamente le dije, no ha mucho a mi hermano, que los filósofos y los Generales muy absortos en sus respectivos estudios, poco pueden conocer de las complejidades de los problemas sentimentales. Fué a propósito de cierta broma que el General le hizo. Yo no sé si conoce bien a mi hermano, *Mister* Gambler, pero posee una gran propensión al humorismo. Naturalmente, esto necesita que sus interlocutores posean también un oído capaz de captar las bromas.

—Capté. El General es un magnífico ejemplar humano, señora. Tiene ductilidad de diplomático florentino, contundencia de martillo pilón y una cualidad que resalta: una gran bondad genuina y sincera y un gran defecto: no entiende una palabra de psicologías cuándo éstas se enzarzan, en el difícil duelo amoroso.

—Usted, en cambio, es maestro en esta ciencia ¿no?

—Remedo, el pensador romano-cordobés, que cuando le preguntaron el alcance de su ciencia, replicó: «Yo sólo sé que no sé nada».

—Hasta ahora, *Mister* Gambler, a deducir por su conversación es usted muy distinto a como me lo imaginaba. Le suponía más... causticó, más hiriente, más deseoso de demostrar que era brutalmente sincero y osadamente imaginativo.

—Sé que ha de agradecerle que yo elogie al General. Y como se da la casualidad de que Jason Blake me resulta agradable, no son incompatibles nuestros propios puntos de vista. Yo no puedo atreverme a hacerle la corte por dos razones: justa o equivocadamente he considerado siempre que no deben hacerse distinciones entre las mujeres ateniéndose al rango social que ocupan. Nunca el nacimiento o la profesión determinan el verdadero carácter. Pero las dos razones que me impiden haber tomado en serio la broma del General, son que no gusto de hacer el indio bravo ante damas de reconocida bondad y honestidad y no quiero seguir al General en su error táctico. Y como me temo, que si persisto en ser extremadamente cortés, podría parecerle lo que no soy, permítame decirle una verdad. Creo que usted ha elegido un mal caminó, detestable si el acompañante no hace eco: es mujer de un solo amor.

—¿Qué le hace suponer que mi marido no me hace eco?

—Lynchburg es pequeño, y todo se comadrea. Y ahora el problema está en su consecuencia. Ser o no ser, dijo un escritor inglés. Claudicar u odiar. Aceptar las humillaciones o devolver la misma moneda. Pero usted es una dama y prefiere claudicar.

—Entremos en el terreno de las suposiciones. Si usted estuviera en mi lugar y dando por supuesto que mi esposo me somete a vejaciones, ¿qué haría

usted?

—Corramos un tupido velo, señora. La experiencia me ha enseñado que cada cual actúa según su modo de ser y el ambiente en que se mueve. Cada caso es excepcional y cada reacción también. Y la suposición de que yo hubiese podido nacer mujer, es tan estremecedora que prefiero no someterla al más ligero estudio.

—¿Por qué?

—Cleopatra, Mesalina, Popea, Ninon de Lenclos, la Dubarry y demás históricas cortesanas, resultarían tímidas colegialas, señora. Porque... los hombres somos tan fatuos, canallas y estúpidos, que cuanto nos hagan, bien hecho está. Por eso las sufridas y calladas honestidades virtuosas, me merecen infinita compasión, veneración y simpatía.

—¿Usted estuvo en Baltimore?

—Sí.

—¿Usted se llama Rock Gambler?

—Sí.

—¿Disfruta hoy del pleno dominio de sus facultades?

—Sí.

—Entonces... muchas gracias, Mister Gambler.

—Déselas a su hermano. Respira bondad, misticismo simpático y valiente aceptación de los hechos...

Detúvose Gambler, porque en el comedor acababa de entrar Bruce Talbot. Su rostro tenía una rubicundez sospechosa en los pómulos y brillaban excitadamente sus ojos.

Se excusó con lengua algo estropajosa y fué a sentarse pesadamente al otro lado de Telma, después que el General presentó a Rock Gambler.

Pretextando dolor de cabeza, levantóse Telma tras oír la frase que en su oído susurró su esposo:

—Te arrodillarás, Telma... cuando tu imbécil y presuntuoso hermano se pudra enterrado por las balas yanquis.

Mistress Talbot siguió tras la esposa de su hijo y Bruce Talbot, mientras el General seguía exponiendo enseñanzas al cadete Melby, sonrió guiñando a Rock Gambler.

—Le conozco de oídas, Gambler.

—También yo, Talbot.

—¿Es cierto cuanto se comentó en Baltimore acerca de la graciosa bestialidad que inventó usted para rebajarle los humos a Minie Merryvale?

—Me honra su amigable actitud, Talbot. Corresponderé saciándole saber que apesta usted a borracho, que su cara me da náuseas y sus confianzas me repugnan.

—Exacto como el retrato. Conmigo no peleará, Gambler.

—Era inútil que me lo hiciera notar. Usted domina el arte de las zancadillas en la obscuridad. Yo también, porque el ambiente bélico de esta casa, me hace recordar la máxima del buen guerrero: «Aplica a tu adversario

la táctica suya».

—En sus palabras hay animadversión contra mí, Gambler. ¿Teme la competencia? Hay suficientes mujeres en Richmond para que no nos estorbemos.

—Póngase bajo un chorro de agua.

Levantóse Gambler y reunióse con el General y Melby.

—Excúseme, mi General, pero estoy algo fatigado por el viaje, y voy a dormir. Su simpático cuñado me ha dado también dolor de cabeza.

Al marcharse Gambler, y retirarse Melby poco después, Jason Blake sentóse al lado de Bruce Talbot, que bebía lentamente, sonriendo con vacuidad.

—Tú tienes la culpa —dijo Talbot, mirando de soslayo al que junto a él, estuvo contemplándole desde que se sentó, allí—. Sí, tú... Con tus insinuaciones me has asustado...

—El vino no te dará valor ni cambiará tú carácter, Bruce. Llevas polvos en el hombro de la chaqueta. Blancos y perfumados. Es curioso, Bruce. Te veo fuerte, joven y boyante... y me duele ver que estás cavando tú propia tumba. Y podrías ser un hombre respetable.

—¡Te detesto! ¡Te odio! Y sé que no me matarás, porque tu hermanita me lloraría tanto, que te haría la vida imposible.

—Eres inteligente cuando quieres, Bruce. Pero mi hermanita puede un día dejar de quererte y empezar a odiarte. Y entonces, por haber inculcado en ella este maldito sentimiento, después de haberla emponzoñado con celos, te contaré una anécdota, Bruce.

—Anda... Puedes ya contarla —dijo provocativo, Talbot, al cual el vino y la seguridad de que el cariño de Jason por su hermana, no le hacía correr peligro, devolvíanle la confianza en sí mismo.

—Es un hecho que le sucedió al esposo de la hermana de un General. Abusó tanto de su seguridad en el amor de ella y el miedo de él a causarle pena, que se vió muy desagradablemente sorprendido, despertando tendido sobre unas parrillas. El General atizaba lentamente el fuego de acumulado rencor y a cada nueva tortura que le aplicaba al insensato canalla éste gemía sorprendido, pero ya tardíamente. Bien, eso no es una anécdota, que así llamamos a frases ingeniosas y hechos pasados. Es la relación de un muy posible hecho futuro, si no te enmiendas. Total, ¿qué te pido? Dos hipocresías, Bruce Talbot. Fingir ante la sociedad que eres un respetable esposo, y ante ella, tu mujer, que eres un marido atento. Es cosa fácil. Cuando bebas demasiado, enjuaga tu boca. Cuando quieras manchar tu chaqueta con polvos, pretexto viajes. Es inmoral lo que te aconsejo, pero lo es menos que tu depravada exhibición.

—¡Op... os tengo a los dos cogidos! A ti, porque por ahorrarle una pena, tienes puesto bozal. Y a ella, porque me quiere locamente. Que así es la humana condición de la mujer...

—Estúpido —dijo, sin alterar su voz, Jason Blake. A la vez su diestra

cruzó, a velocidad de vértigo la cara de Bruce Talbot... Fueron una decena de bofetadas tan rápidas, que, cuando el cerebro invadido por los vapores del alcohol, del elegante rufián recobró su control, ya estaba solo en el comedor.

Bebió de nuevo, después de secarse los labios donde en las comisuras había sangre:

—A tu precaria salud, Jason Blake. Y a tu breve vida, Telma Blake — murmuró, alzando la copa en alto.

CAPÍTULO VI

UN SUEÑO REVELADOR, UNA CONFIDENCIA INESPERADA Y LA HERÓICA TAREA

Echado boca abajo sobre su cama, Bruce Talbot dormía pesadamente. Había permanecido bebiendo copiosamente en el comedor, que abandonó ayudado por dos lacayos; éstos le desnudaron y metieron bajo las sábanas.

No se movió ni se alteró su profunda modorra, cuando junto a su lecho y en la oscura alcoba, fué a sentarse Rock Gambler.

—Eres un cerdo, Bruce Talbot. ¿Me oyes? Te habla quien bien te conoce, porque es tu conciencia. Eres un cerdo, por tonto y por hacer gala de escaso cerebro. Escucha la voz de tu conciencia de acuerdo con tu modo de pensar. ¿Quieres ser libre, y disfrutar sin engorros de la fortuna de Telma y Jason? Escucha con atención, Bruce. Sigues un camino equivocado y, en cambio, no te has detenido a pensar que hay un camino seguro, bonito, fácil. No conseguirás nada con la muerte de Telma y Jason. Eres tu quien tiene que morir. No te remuevas, cerdo. Estás soñando. Es un plan genial el que estás soñando. Un plan por el que infaliblemente poseerás la fortuna entera de los Blake. Si muere Telma, el General te matará. Si muere el General, Telma heredará. Pero debe morir Jason Blake, estando tú lejos de Richmond y Lynchburg. Escucha con atención, Bruce.

Rock Gambler fué de nuevo repitiendo frase por frase, con nuevas palabras enérgicas. Inclinado, hablaba cerca del oído del durmiente, que a instantes removíase inquieto, cerrados los ojos, como el atacado por una pesadilla de fuerte realidad.

—Será sutilmente ingenioso. Algo que en estado normal serías incapaz de planear. Pero te estoy ayudando, Bruce. Soy tu «otro yo» pero con mucha más inteligencia. Quedarás como un Caballero. Veras que fácil es. Escribirás una carta diciendo que has comprendido por fin lo inicualemente que te has comportado con tu esposa. Una carta que dirigirás a Telma, dejándola en la terraza frente a su balcón, cuando despiertes. Una carta en la que admitirás que, devorado por los remordimientos, pondrás fin a tu vida, arrojándote al río... No tiembles, cerdo. Estás soñando. No morirás. Será una hábil comedia. El río devuelve cadáveres desfigurados de marineros borrachos, muertos en reyerta. Cualquiera de esos fiambres hinchados pasará por ser el tuyo. ¿No comprendes la finalidad? Telma te llorará. Al día siguiente, planea cualquier atentado, pero eligiendo un pistolero seguro, que no falle esta vez, y que muera Jason Blake, Telma heredará. Y entonces, sólo te bastará enviar una carta a Telma, diciéndole que cuando estabas a punto de suicidarte, renació el recuerdo de vuestro amor antiguo. Ellas son crédulas, cerdo, y cuando quieren creer, lo creen todo. Y entonces la llevas a Europa, seguro de que su muerte te hará heredero de todos sus bienes. Un plan fácil y muy ingenioso. No tiene fallo. Te lo repetiré basta que se incruste en tu pobre cerebro.

Gotas de sudor perlaban en la frente del que dormía amodorrado.

—...Escribirás la carta al despertarte. Una carta patética, Bruce. La letra escrita es más venenosa que la palabra. Debes hacerlo así. Todos los demás planes que ingeniaras torpemente, tendrían torpes fallos. Este no; este te asegura libertad, dinero, triunfales orgías. El mundo es tuyo, Bruce Talbot, si escribes esta carta que será el primer jalón de tu triunfal camino.

Fue hablando incesantemente Rock Gambler en la obscura alcoba. De pronto, con rápido deslizar, ocultóse tras el dosel de la cama.

Bruce Talbot acababa de sentarse, cogiéndose la cabeza entre las dos manos. Sudaba copiosamente... De pronto empezó a sonreír, despejado repentinamente, al comprobar que la voz que había oído en sueños era el dictado de su cerebro mientras dormía.

—Un plan ingenioso. ¿Cómo no se me ocurriría antes estando despierto? Hay sueños reveladores.

Descendió del lecho, y fué a encender el quinqué, llevándolo hasta la mesita secreter. Se sentó y alisó una hoja de papel.

Tardo una hora para componer la carta, que encerrándola en un sobre, fué a depositar, andando con los pies desnudos, ante el balcón de la alcoba de su esposa. Por la misma terraza regresó a su habitación, donde empezó a vestirse febrilmente.

Aquel sueño era magnífico. No recordaba sus divagaciones palabra por palabra, pero era ingeniosa su declaración de que iba a arrojar al río. Y de pronto sintió un estremecimiento... Sí aquella carta la cogía por azar Jason Blake, podía...podía... Rió tranquilizado.

Abandonaría inmediatamente la casa, y en algún puerto del norte encontraría quien, por algunos dolares, matara a Jason Blake. Tenía tan sólo que asegurarse de que fuera un experto tirador.

¿Cómo no se le había ocurrido antes? Era fácil, tan fácil, que parecía mentira que despierto no hubiera pensado algo tan magistralmente planeado.

Lo único que le extrañaba era que aun en sueños, había sido poco cortés su «otro yo" llamándole tan repetidamente cerdo. Pero en un raptó de alegría al verse tan bien inspirado por su "otro yo» admitió, generosamente, que la humanidad estaba muy corrompida, a juzgar por él mismo.

Descendió de puntillas, y cuando salió a la calle, dirigióse con paso decidido hacía el puerto, había hallado la solución. Odiaba Telma y odiaba a Jason... y se iba a burlar de ellos, y sus ridículos sentimientos.

Pero no hubiera sentido tanta alegría, si hubiese sabido que mientras él abandonaba la casa de Jason Blake, por la puerta, otro hombre la abandonaba también, descendiendo ágilmente por la fachada posterior.

Y este mismo hombre, cubierto con un largo macferlán negro, y sombreado el rostro por el ancho sombrero, le seguía por el dédalo de las solitarias calles que conducían al puerto.

Se le anticipó el perseguidor, y al doblar una esquina, Bruce Talbot sintióse repentinamente atraído por el cuello. Desde su espalda, un hombre

acababa de rodearle el cuello en abrazo asfixiante, mientras un puño, abatiéndose sobre su cráneo, le sumía en la más negra de las obscuridades, en aquella callejuela húmeda, oscura y que desembocaba en el malecón donde el río deslizaba sus negras aguas sucias por la proximidad del puerto.

Despertó, porque sus piernas estaban heladas. Abrió los ojos, contemplando asombrado y miedoso cuanto le rodeaba. No veía más que las cercanas piedras de los últimos peldaños que conducían desde el malecón a la fangosa ribera.

Estaba sentado en la húmeda capa de limo; sus piernas se bañaban en el agua viscosa y sus pies no encontraban apoyo.

—Has elegido el mejor sitio para suicidarte, Bruce Talbot.

Era la voz! ¡La voz que oyó en sueños, creyéndola dictado de su propio cerebro!

Miró hacia la oscura silueta que creyó un trozo más de sombras en la noche, y estremeciéndose, desorbitados los ojos veía una estrecha franja doble más blanca... Un rostro surcado por una máscara cruel, de estrechas rendijas, picó corvo de ave de presa...

—¡«El Halcón»! —gritó. Pero su voz convirtió en susurro el grito que su garganta reseca no logró hacer repercutir.

—Tu única forma de quedar como un Caballero, es suicidarte, tal como lo has hecho saber a tu esposa, Bruce Talbot, de tu puño y letra. Esta noche oí a un buen humorista estoico, citarme el código de honor de los escasos «*samurai*» que quedan. Esos japoneses tienen otra fórmula original, que llama «*harakiri*» o «*seppuku*». Es una alegre ceremonia: se abren el vientre y siempre está al lado de ellos un invitado para cortarles la cabeza ayudándoles a morir. Yo he venido a ayudarte, porque eres un bicho cobarde, Bruce Talbot y un malvado.

Bruce Talbot iba retrocediendo, para intentar ponerse en pie.

—Cuidado, cerdo. Puedes resbalar y aquí el agua es muy profunda. Puedes caerte, y el limo absorberá tus pies. Tratarás de liberarlos y no podrás. Abrirás la boca para aspirar aire y pedir auxilio a gritos, y el agua irá penetrando en tu cuerpo.

La inexorabilidad del que hablaba avanzando por el estrecho espacio, alimentó el pánico que en Bruce Talbot producía la máscara del vengador, y el tétrico ambiente.

En un impulso al que el miedo prestaba vigor, Bruce Talbot echó a correr levantándose en peligroso escorzo, y saltó hacia una gabarra-pontón, que, carcomida y, mohosa, flotaba inservible, con la sola utilidad dominguera de proporcionar asientos a los pescadores aficionados.

La esclavina que cubría los hombros del macferlán de su perseguidor se le antojó a Bruce Talbot las alas de un ave de presa cuando la poderosa y alta silueta cesó de correr, acorralándole contra la escasa altura de la borda de la barcaza.

Lanzó hacia adelante los puños, más para repeler que para agredir, y se

inclinó como si se quebrara por la cintura al recibir en una espinilla un contundente puntapié.

Ofreció la nuca, y Rock Gambler, uniendo entre sí las dos manos, aplicó un doble manotazo. Como un buey abatido, desplomóse de bruces Talbot.

Rock Gambler le asió por los dos tobillos y empezó a girar sobre sí mismo, en vueltas que iban aumentando de velocidad, basta que el inerte cuerpo de Bruce Talbot adquirió una línea horizontal, girando en molinetes alrededor de un eje que era «El Halcón».

Abrió las manos Gambler, y despedido como por una catapulta, el cuerpo de Bruce Talbot cruzó el oscuro espacio. Oyóse un sordo «¡floc!» señalando el lugar donde las aguas viscosas habían deglutido su presa.

El prolongado silencio que siguió no tuvo interrupción ninguna. Y seguro ya Rock Gambler, de que el «suicidio» de Bruce Talbot había sido consumado, abandonó la barcaza.

Telma Blake, involuntariamente, gritó asustada. Pero a la vez cubrió su boca con las dos manos, sentada en el lecho, mientras miraba fijamente la alta silueta negra, en cuyo rostro parecía incrustarse un halcón.

La había despertado el suave ruido semejante al roer de una carcoma en la madera del ventanal. Y la penumbra, sólo clareada escasamente por la nimbaba luz lunar, agigantaba difuminándola la silueta del bandolero caballeresco.

Revistió un salto de cama y al dirigirse hacia la cristalera de la terraza, como miraba al enigmático «fuera de ley» que aquella misma mañana había salvado de la agresión, no pudo ver en el suelo el sobre que por la rendija del balcón había deslizado una hora antes Bruce Talbot.

Abrió para retroceder señalando en la oscura alcoba un sillón:

—Agradezco su prontitud en acudir a mi cita, Halcón. Sentémonos como buenos amigos. Si permanece en la terraza le pueden ver.

Avanzó Rock Gambler que con el pie empujó el sobre basta lograr que resbalase hasta debajo del sillón en el que se sentó, tras que Telma Blake acomodóse en la silla de espaldas a su tocador.

La hermana del General Jason Blake adoptó un continente reflexivo:

—Es muy complicado el problema, que quiero exponerle, Halcón. Casi me siento culpable de abusar de su caballerosidad haciéndole perder el tiempo para oír un conflicto familiar basado en un error amoroso que cometí.

—El amor es el impulso que guía mis buenas acciones, Telma Blake. En el fondo de todo acto en el que es solicitada mi intervención, hay latente el amor en sus manifestaciones complejas y netamente distintas en cada uno.

Rock Gambler además de hablar como tenía la convicción hubiera hablado Michael Ryan, el verdadero Halcón, espaciaba lentamente las sílabas, dándoles el especial acento, cantarino de los del Sur.

—Yo quiero que no vea en mi cita ninguna manifestación de egoísmo personal. Comprendo que soy culpable por haberme enamorado de Bruce Talbot y cuantas complicaciones han surgido débense más que al carácter mezquino de mi marido, al hecho de que yo ciegamente, consentí en ser su esposa. Digo mal, ya que no sólo consentí, sino que no tuve un momento de reposo hasta lograr que me condujera al tálamo nupcial.

Rock Gambler sentía vivos deseos de hacer observaciones de su propia cosecha, pero los refrenó para comentar:

—El amor es ciego, Telma, y bastante tristeza depara cuando cae la venda, para que se considere usted culpable. He tomado mis informes y Bruce Talbot se comporta canalllescamente. Es, pues, uno de los hombres a los que suelo exterminar, porque siembran el luto en las almas buenas.

—Mi hermano... Él es un alma buena. Y por él sufro. Por él, finjo.

—No entiendo bien.

—Si él supiera que he dejado de amar, si él supiera que odio con un rencor sin límites a Bruce Talbot, le mataría. Y esto es lo que no quiero. Mi hermano se debe a su misión; él será un gran hombre. Un escándalo familiar y privado echaría sombras sobre su carrera.

La inesperada revelación asombró levemente a Gambler.

—Entonces, ¿quiere esto decir que no ama usted ya a su esposo?

—He sido siempre una esposa intachable. He hecho cuanto he podido para tratar de devolverlo al camino del bien. Y poco a poco como si se complaciera en ello, él ha ido martirizándose con su escandalosa vida inicua.

—Todos creen que usted ama locamente a su imbécil marido, Telma.

—Porque no he querido que Jason pudiera un solo instante pensar que yo, a no ser por mis creencias, ya hubiera dado muerte a Bruce.

—Empiezo a comprender. Jason por cariño a usted, refrena sus deseos de retar en duelo a Bruce. Usted, para evitar que Jason incurra en este acto ha fingido ser feliz. Actitud muy hermosa, Telma, y que apruebo.

—Por eso, para que usted halle solución a este intrincado problema, le he citado, Halcón. Mi suegra ha podido creer que ha sido coquetería por mi parte. Yo sólo tuve un amor. Fué Bruce Talbot. Desde que en mi corazón él destiló hiel en sustitución del amor ya no puedo amar a nadie. Esa es su mayor culpa. Haber hecho de mí una amargada...

—Pasaré, Telma. Olvidará usted. Créame. A propósito, ¿usted cree que si yo reto a Talbot y le doy muerte, lo cual sería considerado por muchos como un acto justiciero, le llorará mucho tiempo?

Telma Blake sonrió tristemente.

—¿Llorarle? Creo, y que Dios me perdone que sólo cuando sepa que Bruce Talbot ha dejado de existir, recuperaré mi antigua y verdadera alegría. Sería como para el galeote liberarse de sus cadenas, como para el pájaro preso abrir las puertas de su jaula...

Inclinóse, Rock Gambler para recoger de debajo del sillón la carta que una hora antes había deslizado Bruce Talbot por debajo de la rendija del

balcón.

—Abra usted este sobre. Creo que le anunciará una grata noticia.

Extrañada, acercóse ella a la mesita de noche, encendió el quinqué y a su luz empezó a leer. Su rostro decía bien a las claras el asombro que le estaba causando la lectura.

—No es posible —dijo como comentario final, después de haber leído varias veces.

—¿Qué es lo que considera imposible?

—Es su letra, no cabe duda, y su firma. Pero debe ser una trampa infame. Debe tratarse de una nueva manera de torturarme. Usted... usted que parece saber lo que contiene esta carta usted, Halcón, puede...

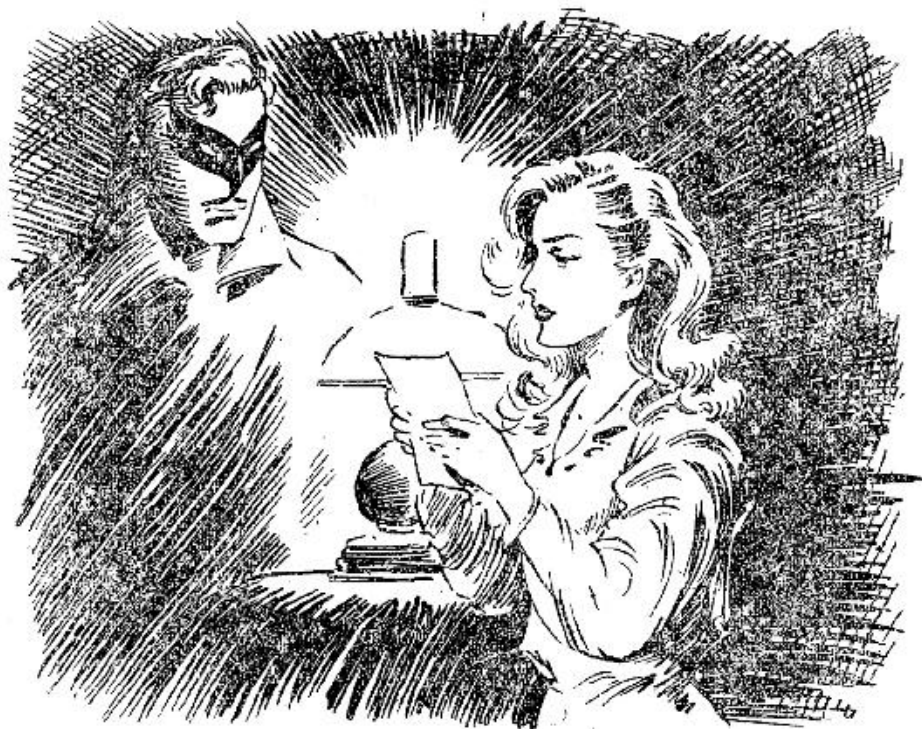
—Puedo afirmarle que Bruce Talbot se ha suicidado.

—¡Imposible! Él... no se suicida, porque es un criminal carente de escrúpulos, conciencia y remordimiento. Al contrario, esta misma noche se jactó de que cuando Jason muriera, él me tendría arrodillada.

—Admitidme unos consejos, Telma. Id a dormir soñad que algún día volveréis a amar, fatalidad gustosa en que todos recaemos, y no os despertéis hasta muy tarde. Quizás ya por entonces los dragadores del río, habrán hallado el cuerpo a flote de Bruce Talbot. Yo os afirmo bajo mi palabra, de que Bruce Talbot se ha suicidado, y el comentario general, será de que en un exceso de libaciones, vuestro esposo comprendió de pronto su indigno comportamiento, y se dió muerte.

Telma Blake asentía mudamente como manifestando su hondo deseo de creer en lo que oía.

Púsose en pie Gambler para internarse en la zona sombreada.



—¿Qué es lo que considera imposible?

—No sé cómo lo ha logrado, Halcón, pero si es cierto que Bruce Talbot se ha suicidado, puedo afirmar que esta era la única solución para borrar años de agravios. Creo... que si está usted seguro de ello, debería... debería ir a visitar a mi hermano. Jason me hizo saber que se honraría mucho recibiendo su visita, Halcón. Y yo... no sé qué decir. Estoy bajo los efectos de varias sensaciones: la de bendecir su intervención, la de asustarme por ser tan mala que la noticia de la muerte del hombre al que tanto amé no pueda producirme más que un sentimiento de libertad de un prolongado martirio, de humillaciones y sufrimiento... Pero, ¡juro, que nunca volveré a amar!

—No será usted perjura, ya que ahora lo dice sinceramente. Pero volverá a amar... y no siempre hallará un Bruce Talbot. De todas formas, si así ocurriera, gustoso volvería a actuar de atormentador de conciencias, impulsando al culpable a administrarse justicia.

Cerró ella los ojos, musitando palabras incoherentes. Cuando levantó los párpados, el ancho ventanal estaba desierto. Y sólo ya le quedó a Telma Blake esperar a que amaneciera un nuevo día.

Jason Blake tenía un sueño ligero. Oyó las suaves pisadas que se

acercaban a su lecho, porque había oído el forcejeo del pestillo de su puerta.

De la mesita de noche cogió la pistola que siempre le hacía compañía cruzada encima de una Biblia.

La alta silueta negra vino a detenerse junto a la cabecera.

—El Halcón acude complacido a la cita, mi General —habló Gambler fingiendo la voz, y dándole el acento meridional.

—Deduzco pues que ha visitado usted a mi hermana, Caballero Halcón —dijo imperturbable Jason Blake dejando encima del embozo de las sábanas la pistola—. Tome asiento. Sus excursiones nocturnas deben fatigarle. ¿Enciendo luz o prefiere usted la obscuridad?

—Siempre prefiero la obscuridad.

—Las palabras no es necesario que sean vistas, mientras puedan oírse, ¿no es cierto, Caballero Halcón? Respeto su incógnito y admiro su labor heroica y callada.

—También será heroica su labor.

—Pero sin mérito personal, ya que apoya el beneplácito de la ley, y la admiración de mis iguales. Usted, en cambio, lucha contra el mal, y le persigue la ley. Le admiro, Caballero Halcón.

—Me complace ser el Halcón, si suscito la admiración de un Caballero de mi agrado, como lo es usted, mi General. Deseo que me tolere una cínica broma fúnebre. ¿Qué suele colocarse sobre la tumba de un familiar?

—La fórmula cristiana: «Descanse en paz».

—Entonces en la presente ocasión deberá alterarse y colocar en el epitafio: «Descansen en paz sus familiares» porque la muerte de Bruce Talbot supone paz para la familia Blake.

Jason Blake hizo honor a su apodo. Limitóse a comentar:

—Bruce Talbot merece este epigrama. Pero fatalmente está vivo.

—Tengo el placer y el honor de comunicar al General, que su cuñado se ha suicidado ante mis ojos, y en el río James hace apenas una hora. Ha dejado una carta escrita confesando su propósito. Carta que por varias veces ha leído Telma, no atreviéndose a darle crédito. Pero yo, el Halcón, doy mi palabra de que Bruce Talbot ha dejado de existir.

Jason Blake sentóse más cómodamente en el lecho. Los ojos de Gambler habituados ya a la obscuridad reinante en la alcoba, vieron cómo sonreía el ascético semblante del General.

—No hay más que un punto débil en mi alegría, Caballero Halcón. La pena de mi hermana.

—Su alegría puede fortalecerse, mi General, puesto que también doy mi palabra de que Telma, al igual que usted, jugó una estoica tragicomedia fingiendo que seguía amando a su esposo, para evitar que usted entorpeciera su carrera administrando justicia privada al que no podía ser castigado por las leyes.

Y Rock Gambler contó la inesperada confidencia de Telma Blake. El General, sonrió ahora con el infantil regocijo de los que sonríen escasamente.

Miró hacia el lugar donde sentábase en la penumbra el Halcón.

—Si algún día soy ministro, Caballero Halcón, instituiré una condecoración especial para usted. No será excentricidad que me reproche nadie, porque todo el elemento sano de la sociedad está al lado del Caballero bandolero de generosa nobleza. No debemos confesarnos mutuamente nuestras estrategias, porque de así hacerlo yo sería un mal General y usted un peor bandolero, pero muy ocultamente tengo una infinita curiosidad por saber cómo pudo usted lograr que se suicidara Bruce Talbot, el cobarde incapaz de remordimientos.

—Actué a modo de conciencia y lo que él creyó un sueño revelador era mi voz —y Rock Gambler contó lo ocurrido hasta el momento en que las negras aguas del río James deglutieron el cuerpo de Talbot.

«Muro de Piedra» pellizcóse el labio inferior apoyado el codo en la otra mano abierta y viva estatua de la reflexión.

—Un ardid magistral, señor Halcón. Un rápido estudio de la mentalidad torcida de Talbot. No expondré mi agradecimiento en términos banales, porque creo que nosotros, Caballero Halcón, actuamos como actuamos, porque extraemos de nuestros propios actos, la mayor recompensa. Gracias, Caballero Halcón... y ahora permítame que le exponga el motivo para el cual solicité entrevistarme con usted. Hay una tarea heroica que sólo la puede realizar en Richmond un hombre: usted.

Rock Gambler escuchaba con agrado al General Blake. Veía en él la representación humana de la bondad leal sin debilidades.

—Todas las tácticas son buenas en el arte de la guerra, Caballero Halcón, y nuestros circunstanciales enemigos, mis colegas del Norte, han inventado un procedimiento ingenioso, que podría en términos bélicos calificar de labor de zapa a retaguardia de las líneas. Pronto tendrá lugar el verdadero y primer combate real. Presiento que se dará en los llanos de Manassas, porque es la zona vital que a modo de pasillo natural, separa las zonas de Washington y Richmond. Los del norte han ideado un sistema que goza de todas las ventajas: dificultad de localizar al enemigo, aprobación por los propios soldados enemigos, ingresos para los que lo han montado. Me ha sido fácil descubrir que ha sido ya iniciado este extraño y nuevo método de ataque incruento que no produce visibles bajas, pero que es artero y efectivo, porque se oculta bajo la máscara más agradable: la máscara del placer.

Rock Gambler escuchaba ahora con atención. No veía el lecho, ni la endeble figura del General cuyo torso entero se ampliaba bajo el flotante camisón de dormir.

Le parecía estar oyendo una lección de arte militar en cátedra.

—Hasta hoy las guerras se ganaban tan sólo en el campo de batalla, pero ya Napoleón dejó trazada una pauta al afirmar que ganarse la voluntad de las retaguardias era tan esencial como asegurarse los suministros. Ahora bien, tratar de granjearse la amistad de los enemigos es difícil, y más cuando se ha abierto desde hace años una zanja artificial de odios entre el Norte y el Sur.

Pero en esta nueva modalidad, por anticipado, los del Norte cuentan con el beneplácito inconsciente de la población tanto civil como militar. Es sencillísimo: en Richmond como en toda otra ciudad portuaria abundan los sitios llamados no sé porque de placer. En ellos: el juego, el vino y Eva se dan cita, para producir quemantes vacíos en los bolsillos necios, dolores de cabeza en los pobres sesos, y reyertas entre los presuntuosos conquistadores. Hay en total siete locales dignos de su atención particular, Caballero Halcón. Yo soy quizás un insensato y aburrido ciudadano, que no halla goce en perder el tiempo manejando naipes, que sólo bebiendo agua calmo la sed, y que vive egoístamente sin quebraderos de cabeza porque adorando la mujer, la evito cuidadosamente, porque es un dulce enemigo contra el que nada me vale mi generalato, que me haría sucumbir como un bisoño soldado raso. Pero pese a mis creencias, no critico ni me opongo a que los demás busquen en divertirse a su antojo. Por mí, seguirán abiertos los locales donde al parecer reina la alegría ficticia a tanto la copa y la sonrisa de labios pintados. Pero, hay algo que por mi cargo, no puedo tolerar. En estos locales se han infiltrado elementos enviados por el Norte, para obtener informaciones de soldados ebrios. Inteligentes mujeres, taimados *tahures*, listos caballeros de industria. Militarmente, nada conseguiría con intentar darles caza. Son elementos escurridizos, y que sólo usted puede cazar.

—Una misión que me encanta mi General.

—Usted, con su doble personalidad, podrá averiguar quiénes son los elementos que no vacilarán en dar muerte traidora a mis soldados con tal de obtener informaciones. Son gentes sin escrúpulos, que desvalijan bolsas y quebrantan la moral de seres buenos, cuyo único delito es confiarse al vino y al fácil placer de tan mal regusto, cuando se disipan las embriagueces. ¿Puedo confiar en que usted ve con buenos ojos esta heroica misión?

—¿Por qué la califica de heroica, mi General?

—Porque en su primera, intervención, cuando usted elimine alguno de ellos, los demás se confabularán como una jauría rabiosa para despedazarle.

—Esto aumentará el agradable riesgo. Tampoco a usted, mi General, le gustaría emprender la batalla contra enemigos incapaces de defenderse.

—Cierto. Sabía que usted aceptaría, Caballero Halcón. Pero no descuidé la más cauta de las prudencias. El Norte ha enviado peligrosos pistoleros ejercitados, y damitas abundantes en encantos y venenosa astucia.

—Mis habituales enemigos, mi General.

—Doy por descontado que era usted el único que podía luchar favorablemente, por serle conocido el terreno. Y ahora en que ya estamos de acuerdo, ¿puede informarme si conoce a un forastero llamado Rock Gambler?

Al oír la repentina pregunta del General, Rock Gambler, bajo el antifaz, y oculto en la penumbra, pestañeó.

—No le extraña mi pregunta, Caballero Halcón. Desearía que usted le conociera, y hablando con él, quizás adivinara que él le puede ser muy útil, porqué también conoce a fondo el terreno en el que usted va a emprender su

heroica tarea. Rock Gambler por el instante se aloja en mi casa. Tiene mala fama, pero yo adivino en él, alguien muy útil, si sabe tratarse. Usted por su prolongada vida azarosa, es un psicólogo, Caballero Halcón. Trabe relación con Rock Gambler. Le podrá ser un magnífico auxiliar... Pero, no es de su madera. Él no hace nada por amor al arte. Casi diré que tiene a orgullo jactarse de que sólo mueve un dedo, si se lo pagan bien. Pero es un aventurero superdotado.

—He oído hablar de él. No le considero un enemigo. Quizás, como usted muy bien apunta, podrá serme útil, en esta heroica tarea de la lucha contra el falso placer tarifado. Creo que yo, como Halcón, obtendré recompensas espirituales, y Rock Gambler, recompensas materiales, que a la vez colmarán, sus deseos de lucha y provocación. Y ahora, mi General, me despido de usted. Volveré a visitarle cuando en Richmond haya menos bandidos, y los que queden teman al Halcón.

—Buena suerte, Caballero Halcón. Sé ya cómo llamaré la condecoración que en mi alma prendo en su negra capa: «Al mérito económico». Es hermoso, Caballero Halcón, luchar en la sombra con la única recompensa del aplauso reconfortante del propio corazón. Hasta la vista, Caballero Halcón.

Ya en la puerta, Rock Gambler saludó inclinando el busto:

—Hasta la vista, Caballero General.

CAPÍTULO VII

LA CAPITAL SUDISTA

El cadete Lewis Melby vino a despertar a Rock Gambler, acompañando al lacayo que traía el desayuno. Buenos días, *Mister Gambler*. Lamentó sacarle de la cama tan pronto, pero en la Academia Militar, el madrugar es considerado una higiene fortalecedora.

—Buena máxima para una incubadora de polluelos oficiales. Por suerte, sólo por unos días voy a enseñarles a ustedes a no confundir la pólvora con el bicarbonato.

Al mediodía Lewis Melby pasó a comunicar al General Blake que los conocimientos de Rock Gambler acerca del material bélico eran extensos, y que «si bien cínicamente y con comentarios que causaron a veces enojo y otras hilaridad entre los cadetes», había instruido magníficamente y a sus provisionales discípulos. Jason Blake cuando su ayudante hubo terminado comunicó:

—Esta mañana a las once, ha sido extraído del río el cadáver de mi cuñado. Dejó una carta manifestando que su suicidio era obra del remordimiento por no haber sabido comportarse como un Caballero.

—Le doy mi pésame mi General.

—Felícitame, Melby. No haga caso. Fué un estallido inoportuno de una granada contenida que explota con retraso.

Media hora después, Rock Gambler entraba en el despacho de Jason Blake.

—Tengo entendido que sus lecciones resultan altamente provechosas, Gambler. Sabe usted, ganarse sobradamente sus cien dolares diarios.

—Sus polluelos no son demasiado estúpidos, para ser militares. Casi diría que son buenos muchachos listos. O a lo mejor... soy yo que poseo grandes dotes elocuentes.

—Algo de cada cosa. A propósito, Gambler, tendrá usted el sentimiento de no contar con mi cuñado para excursiones conjuntas a centros de diversión. Esta mañana le han sacado del río. Se suicidó.

—Siempre pensé que era un hombre de poco talento este Bruce Talbot.

—¿Por qué?

—Tirarse al río sin saber nadar es la mejor muestra.

—Su conciencia le atormentó.

—Es raro.

—¿Qué le parece raro?

—Supuse que Talbot era de los que enseñan a nadar a sus conciencias.

—Hay reacciones inesperadas en el complejo laberinto de una mente humana. Usted debe saber de eso, ¿no, Gambler? En contra de su misma, voluntad, alguna que otra vez obedecerá usted a un secreto impulso que le dictará acciones buenas.

Rió Gambler, y Jason Blake añadió:

—Tiene usted ahora la expresión satánica pero a la vez placentera, de un diablo que cometiendo buenas acciones se las reprocha mentalmente...

—...tildándose de pobre diablo. Bueno, al grano, mi General. Ya he disfrutado bastante de su alojamiento y compañía. Vendré todas las mañanas a su incubadora de oficiales, para cumplir mi compromiso, y no me iré de Richmond hasta la llegada del «Bealby» trayendo el material que usted me pagará espléndidamente, pero no me gusta su casa.

—¿Por qué, mi dilecto amigo?

—No se puede dormir.

—Diga mejor, que está ansiando vivir a su modo.

—Posible. Pero esta noche me ha visitado un Caballero enmascarado y yo me asusto fácilmente.

—Vaya, vaya... ¿Y quién era ese enmascarado?

—No sea hipocritilla, mi General. El Halcón me dijo que usted mismo le aconsejó que me visitara.

—Forman ustedes dos una excelente pareja. Él, todo caballerosidad, y usted todo ardid y trampa. Él actuando por generoso, impulso gratuito, usted peleando por amor a la pelea y sus ganancias. ¿Le explicó lo que pretende?

—Algo que es muy de mi incumbencia. Visitaré uno por uno esos centros de diversión, como los califica usted, y mi fama brillará. Les daré lecciones de volcar ases, vaciar copas sin beberlas, y aceptar guiños femeninos, sin incendiarme. Me gusta este trabajo. Todo es ganancia.

—No se exponga demasiado, al menos hasta que no haya llegado el «Bealby».

—No se apure. Sé nadar y guardar la ropa. Despidame de su viuda hermana, y no se moleste en acompañarme hasta la puerta.

—Hasta la vista, Gambler. Y celebro que los tres hayamos llegado a un buen acuerdo.

—¿Qué tres?

—El Caballero Halcón, usted y yo.

—La generosidad, la inteligencia y la disciplina. Buena unión. Sobre todo teniendo en cuenta que la inteligencia está excelentemente representada en mi persona. Suplirá los defectos de los otros dos.

—La certeza que debe inculcar es la base del triunfo.

—Máxima que debe inculcar a sus polluelos.

—Despídase a su modo Gambler —invitó regocijado Blake—. No sea etiquetero, caramba. Me dejaría una mala impresión.

Volvióse a medias Rock Gambler:

—Le enviaré un pintor, para que le plasme en la postura de Napoleón Bonaparte atravesando el puente de Arcole. Y... más adelante ya le enviaré los loqueros para que vaya usted a discutir con el director del manicomio quién de los dos es Napoleón.

—Tengo la impresión de que usted se marcha convencido de que el

único Napoleón en Richmond es usted. Mutuamente nos guardaremos el secreto, *Mister Gambler*. Adiós.

Rock Gambler aplaudió entrechocando sus dos índices:

—Hasta pronto, «Muro de Piedra».

Y cuando se hubo marchado el aventurero, Jason Blake juntó las dos manos encima de su estómago, y se abandonó a una meditación placentera: había desaparecido ya el obstáculo que se oponía a su felicidad, pensando en la tristeza de Telma, que ahora quedaba libre, y había logrado la ayuda de dos valiosos elementos en la lucha de retaguardia contra las fuerzas del mal que se amparaban bajo la máscara de nocturnas diversiones.

Pasaron siete días.

Dos rumores circulaban por Richmond: el Halcón había hecho acto de presencia en una taberna muy concurrida, apagando a pistoletazos las luces, disparando desde un lugar protegido, para anunciar que se había propuesto eliminar la cizaña.

Y un desconocido, rebosante de fuerte personalidad y brutal osadía, iba siendo considerado como una autoridad entre los maleantes, que reconocían en él a un dominador de todos los recursos hábiles con los que derrocar prontamente el prestigio de los reputados fulleros y camorristas de la ciudad.

Y también se decía que era tanto más atrevida la actitud del forastero llamado Rock Gambler, provocando abiertamente al Halcón...

Las gentes de mal vivir, necesitan ídolos a su manera: hombres que por la ley de la fuerza se impongan momentáneamente, logrando fama, para quedar prontamente en el olvido, derrumbados de su pedestal por los certeros balazos de otro nuevo ídolo.

Pero por el instante, Rock Gambler paso a paso iba adquiriendo una reputación peligrosa. Y por encima de todo aquel mundo de jugadores profesionales, matones, pendencieros, bailarinas y soldados de uniforme gris ávidos de diversión planeaba la sombra del Halcón.

En su despacho, Jason Blake seguía planeando hasta los menores detalles, rodeado de cartas topográficas, las futuras operaciones que se avecinaban.

Richmond, capital de los sudistas, se divertía mucho y disfrutaba de más diversiones que no había tenido nunca. Se convertía de pronto en una ciudad extraña y brillante, donde hasta las personas decentes, envenenadas por la proximidad de la gran batalla que se fraguaba, hallaban excusas para la escandalosa vida nocturna.

Richmond de noche parecía el lugar más alegre del mundo para quien no estuviera en el secreto de la extraña ingerencia de los aventureros enviados desde Washington para sin reparar en los medios, sembrar el germen de la discordia entre las filas sudistas.

Pero aparentemente Richmond era una ciudad alegre, donde la gente parecía tener cuánto dinero deseaba y ninguna preocupación.

Abundaban las mujeres bonitas, lujosamente vestidas, mujeres que reían de todo y nunca hablaban de cosas serias.

Y hombres que tenían el mismo duro e inquieto aspecto de Rock Gambler. Sus ojos siempre estaban alerta, como hombres que han vivido siempre rodeados de peligros para poder estar nunca totalmente descuidados.

Parecían no tener pasado ni futuro. Hombres reservados que medían sus palabras cuidadosamente, y muchas veces preferían cortar el diálogo, dejando hablar fulminantemente las pistolas.

Richmond la alegre capital sudista, tenía ya todas las características de la población que adivinando cercano el cortejo de fúnebres fantasmas bélicos, se apresura en vaciar la copa del placer.

Todas las noches, fortunas se perdían y ganaban alrededor de las mesas de *poker*. Y muchachas llegadas de puntos ignorados, veíanse de pronto con coche propio, mansión lujosa y servidumbre...

Era la fiebre de la diversión la que dominaba en Richmond, cuando a la ciudad llegó un robusto marino de anchas espaldas, recio cuello de toro, y rostro obtuso de luchador.

Se llamaba Stuart Ranger, y había desembarcado en Santa Agustina, muchas millas al Sur. Era primer piloto del barco «Bealby», y en Santa Agustina había hallado a uno de los »tentáculos« de Rock Gambler, esperando con un breve mensaje escrito.

"Capitán Ridgeon, o en su defecto, piloto Stuart Ranger:

«Corre por Savannah la noticia de que he muerto y me han enterrado. Abandonen esta grata esperanza. Me dirijo a Richmond. Manténganse anclados en Santa Agustina y envíenme un enlace para, según el momento, señalarles el mejor puerto de descarga del material. ¿Sigue tan bruto su hijo adoptivo, Capitán Ridgeon?».

Firmaba Rock Gambler y el Capitán Walter Ridgeon cuando hubo terminado de leer en voz alta el mensaje de Gambler teniendo por único oyente a su hijo adoptivo el piloto Ranger, comentó:

—Yo me quedaré aquí, piloto. Usted vaya a Richmond, y reciba las instrucciones de Rock Gambler. En cuanto a eso de bruto... procure demostrar al fanfarrón que usted no tiene algodón en los puños.

Y Stuart Ranger, que tenía pendiente con Rock Gambler una antigua cuestión, partió hacia Richmond por tierra, deseoso de oír el agradable ruido de sus puños chocando contra las costillas del exasperante perdonavidas.

Pero no ignoraba que Gambler conocía a fondo todos los recursos de la ciencia pugilística, y además de entrenarse durante todo el viaje desde Londres, peleando diariamente con apuestas contra los más fornidos marinos, había estudiado distintas artimañas.

No le fué difícil dar con el rastro de Rock Gambler. Un camarero de mostrador, tras de servirle, la cerveza pedida, le miró de reojo:

—¿Ha dicho usted Gambler?

—Eso he dicho —dijo Ranger, el irlandés.

—¿Un tipo alto, burlón, que se pelea con su misma sombra?

—Éste mismo.

—Ande con tiento, forastero. El tal tiene muchas agallas y conoce más trampas que el mago Merlín. A estas horas lo encontrará en la sala de Olinda Tarnel. Tiene una mesa para él. Hace de banca y talla fuerte al *poker*.

Stuart Ranger pagó diez veces el valor del vaso que se había bebido, e hinchando el tórax, se ajustó la guerrera de marino mercante.

«La sala de Olinda Tarnel» era un amplio cafetín, dividido en dos compartimentos. En uno había mesas para bebedores, y un estrado para atracciones. En el centro un gran espacio permitía bailar.

El otro compartimento estaba ocupado por mesas de juego, y en una de ellas vio Stuart Ranger al hombre que buscaba.

Para la ocasión había abandonado Gambler su habitual atuendo. Vestía una americana larga gris, pantalón del mismo color, camisa blanca con chalina al cuello, y podía pasar por un hacendado, aunque llevara dos pistolas de seis balas en el cinturón-cartuchera.

Estaba en pie apoyada la bota izquierda en la silla, y con su habitual sonrisa burlona, estaba repartiendo cartas a dos jugadores que sentados, habían preferido jugar al «poker visto».

Recibían cada uno dos cartas cubiertas, y las otras tres les eran servidas una a una, y cara arriba.

Stuart Ranger, impaciente acercóse, cuando toco a otro de los jugadores el barajar y servir.

—Hola, piloto —saludó amablemente Gambler—. Si quiere puede hacer el número cuatro.

—No juego yo con fulleros —dijo, rojo el semblante el irlandés.

—Caramba, caramba. ¿Me calumnia o es que me conoce? Por lo visto también conoce a esos dos Caballeros. Apártese unos instantes, piloto.

—¿Por qué he de apartarme?

—Estoy trabajando. Esos caballeros y yo tenemos hecha una partida seria donde no valen las trampas.

—Vengo de Santa Agustina, Gambler. Mi Capitán espera instrucciones. Pero antes, usted y yo nos vamos a ver las caras.

—Ya nos las estamos viendo. Aguarde, piloto. El placer de esperar es la ciencia del hombre sibarita. En definitiva, ¿qué es lo que quiere?

—Romperle la cara —dijo ansiosamente Stuart Ranger.

—¡Oiga, usted! —protestó uno de los otros dos jugadores—. Aguarde a que terminemos y no sea «aguafiestas». Hay muchas horas en la noche.

—Eso digo yo —afirmó otro de los jugadores, que aprovechándose del diálogo, acababa de cambiar subrepticamente una de sus cartas.

Rock Gambler alzó el pie y la mesa se levantó para caer encima del jugador tramposo. El otro, que había visto también la acción se apartó de un salto.

Desde el suelo partió un disparo atravesando la madera, de la mesa. Rock Gambler se encontraba ya junto al que acababa de disparar y su bota pisoteó el brazo armado.

—Levántate, Roscoe. Has hecho trampa, y la ley era que entre nosotros no valían listezas. Ya conoces la ley y la sentencia. Dispara en pie, para que puedas morir en pie también.

El aludido retrocedió alzados los brazos. De pronto se agachó y sus dos manos aplicáronse a los costados.

Los restantes jugadores y el propio Stuart Ranger habían adoptado todas posiciones prudentes, para evitarse algún balazo desperdigado.

Rock Gambler, arqueados los brazos, parecía aguardar... De sus costados, partieron dos balazos... Cuando su adversario, tendido y sin movimiento, fué retirado por un camarero, reanudóse el juego en las demás mesas.

El otro jugador recogió el resto de su dinero

—Me voy, Gambler. Pero mañana vendré con otro amigo.

—Bueno. Pero sin trampas... las que se vean demasiado, ¿eh?

Y Rock Gambler ondeó la mano amistosamente en señal de despedida. Una de sus dos pistolas humeaba aún en la funda.

Stuart Ranger volvió a acercarse.

—Déjeme descansar un instante, piloto —dijo Gambler mientras en su zurda empegaba a saltar un dolar de oro, que acababa de extraer de una de las dos fundas muñequeras que llevaba bajo las mangas—. Yo no tengo grandes deseos de matarle.

—Yo... tampoco quiero matarle. Pero sí quiero darle una paliza.

—El asno que quiso comerse una nube, cayó despanzurrado porque no podía volar, piloto. ¿Qué motivo tiene para querer romperse los dientes contra mis puños?

—¡Usted... usted lo sabe muy bien! Yo quería... quería hacer amistad con Sally, y usted se entrometió. Además, me es usted odioso, porque es un tramposo inmundo y endiosado que se cree que todo le está permitido. Ande, quítese la chaqueta, deje las pistolas quietas y póngase en guardia.

Rock Gambler hizo saltar más alto la moneda.

—¿Cara o cruz a un tiro piloto?

—A mí no con sus malditas jugarretas. Yo no me juego la vida a cara o cruz. Yo vengo a zurrarle limpiamente y...

—¿Qué ha ocurrido?

Era una voz cálida, grave, rica en aterciopelada sonoridad. Olinda Tarnel tenía unos ojos maravillosos donde alentaba un fondo de indefinible tristeza, y había amargura en sus gruesos labios bien dibujados.

Era escultural. Y la calificaban como la «bella de Richmond». Aunque

estuviera al frente de aquel local no era la dueña.

Stuart Ranger, a su pesar, olvidó su antagonismo con Gambler, para llevarse la diestra a la visera de su gorra de marino, saludando a la espléndida belleza.

—¿Qué ocurre, dónde, Olinda? —inquirió a su vez Gambler—. Este perrazo vestido de marino es un irlandés llamado Stuart Ranger, piloto de corazón muy inflamable.

—Han «sacado» a Roscoe Karns muerto. Dicen que has sido tú —dijo Olinda Tarnel—. Encantada de conocerle, Stuart Ranger.

—Roscoe Karns era un tramposo inhábil, que quiso robarme el dinero que gano con el honrado sudor de mis manos. ¿Por qué te extraña tanto la muerte de Roscoe?

Olinda Tarnel no podía explicar que Roscoe Karns era uno de los hombres, que con ella formaba la asociación de aventureros enviados desde Washington.

—Hace tan sólo cuatro noches que vienes a mi casa, Rock Gambler. Y has matado a dos, has roto la mandíbula a cuatro, has suscitado otras riñas de menor importancia... y me estás hartando.

—¿Te das cuenta, piloto? —preguntó sonriente Gambler—. Parece una distinguida dama, y emplea vulgaridades malsonantes. Un hombre nunca harta, Olinda. Cansa, fatiga, irrita, etcétera.

—No necesito profesores, Rock.

—Siempre hay que aceptar lecciones, Olinda. Tú puedes enseñarme muchas cosas, y yo también. ¿No lo cree así, piloto?

Stuart Ranger sintióse cortés hacia la hermosa morena, de tan fascinadores ojos.

—Desearía saber, señora, si le molestaría, que en esta misma sala, intentara yo ajustarle las cuentas a ese individuo. Es una cuenta pendiente.

Olinda Tarnel sonrió, con un mohín burlón.

—Nada me encantaría más, piloto, que ver romperse alguna de mis mesas, siempre y cuando entre las astillas esté ese individuo —y señaló con el mentón a Rock Gambler—. Me agrada usted, piloto. Y me agrada hasta el delirio, si consigue reducir a papilla a ese monigote.

—¡Chht, chht! —chasqueó Gambler la lengua contra el paladar como en reproche—. Ésas expresiones vulgares, Olinda, rebajan tu atractivo.

—¡Hagan espacio señores! —exclamó Olinda Tarnel—. Dejen los juegos. Ha llegado un Caballero, por el cual apuesto. Este señor es un piloto mercante que viene con el grato propósito de propinarle una buena paliza a nuestro amado visitante Rock Gambler. ¡Hagan espacio, señores!

Rock Gambler quitóse la chaqueta, y el cinturón pistolera. Pero estaba colocado contra la pared, y dejó las pistolas cerca de sus pies.

—No es contra usted, piloto —dijo, señalando el cinturón-cartuchera, mientras se alzaba las mangas de la blanca camisa de seda—. Es que hay por aquí muchos tramposos.

Olinda Tarnel encaramóse encima de una de las mesas, y cruzó generosamente las piernas, dedicando una ojeada a Stuart Ranger.

El marino, quitada la guerrera, y ceñida al torso la corta camiseta, mostró unos músculos impresionantes de hombre que desde niño endureció su cuerpo siendo grumete y cargador.

Adoptó la clásica postura del pugilista de la época. Avanzó los puños, erguido el rostro, y abiertas las piernas.

Rock Gambler, delante de él, mantuvo la guardia baja con los puños aplicados sobre sus muslos.

—Cien dolares, Olinda, a la primera caída —invitó, mirando hacia la «gerente» del local.

—¡Acepto! —gritó ella—. ¡Sus y a él, marino! Un beso si gana, pilotó. ¡Sus y revuéntelo!

—Vulgar pero amable criatura —dijo Gambler, mirando a su contrincante.

Stuart Ranger había estudiado de memoria las posibles fases de iniciación de su combate con Rock Gambler.

Y cuando éste ladeó el torso, con fácil esguince para esquivar el aparatoso puñetazo que Stuart Ranger expresamente señaló hacia su rostro, el marino levantó rápidamente un pie, y la puntera cuadrada de su bota fué a chocar contra la rodilla de Gambler.

Fué un golpe de sorpresa, qué cogió desprevenido a Gambler porque creía que el irlandés era un ingenuo y leal combatiente.

La dolorosa sorpresa le hizo inclinarse hacia delante, y dejó al descubierto su cuello y rostro. Y Stuart Ranger sintiéndose feliz, conectó con todas sus fuerzas el puño derecho contra la mandíbula de Gambler.

El invencible camorrista, abrió los brazos y cayó hacia atrás, desplomándose sentado contra la pared.

Stuart Ranger, agresivo, quedóse inclinado, preparados los puños, mientras la voz de Olinda Tarnel, exclamaba jubilosa:

—¡Ganaste el beso piloto! ¡Se acabó el reinado de Rock Gambler!

Con esta frase, quería decir que al cundir el rumor de que alguien había zurrado al forastero, cesaría la aureola de respeto que rodeaba al que ahora sacudiendo la cabeza, sentado en desmadejada postura, masculló:

—Has progresado, piloto. Te has ganado el beso de Olinda y he perdido cien dolares... Pero no te arriendo las ganancias... Pega, que aún estás a tiempo, porque voy a ponerme en pie y mejor harías en buscar un hoyo donde esconderte.

De la sala vecina habían acudido espontáneos espectadores. Olinda Tarnel gritó rencorosa:

—¡Ataca, piloto! ¡Emplea los pies! ¡Zumba y mátale! ¡Pega con todas tus fuerzas!

Rock Gambler saltó felinamente de costado, cuando enardecido por los gritos de Olinda Tarnel, Stuart Ranger se abalanzó encima de él.

Y empezó el combate que aun una semana después era comentado en el alegre ambiente de Richmond, la capital sudista.

PRÓXIMO EPISODIO:

EL BONAPARTE AMERICANO

Es propiedad del editorReservados todos los derechos
--

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA – Proyecto, 2 – Telf 82981 - Barcelona
--

Una colección consagrada por el éxito

EL PIRATA NEGRO

Un soberbio personaje que entusiasma por sus rasgos acusados de heroísmo, nobleza y desinterés, y por su viril afán de independencia, justicia y libertad, tejiendo una fascinante historia que tiene sabor de leyenda. Vibrante y emotiva, amena y cautivadora esta novela no requiere alardes propagandísticos; basta considerar la extensión alcanzada para cerciorarse de que se impone por sí misma y de que su triunfo en el mercado se acrecienta día a día.

TÍTULOS PUBLICADOS:

- | | | |
|-------------------------------|---------------------------------|---------------------------|
| 1. La espada justiciera. | 18. Monbar, el exterminador. | 35. Angus el tenebroso. |
| 2. La bella corsaria. | 19. La tumba de los caballeros. | 36. La furia española. |
| 3. Sucedió en Jamaica. | 20. Frente a frente. | 37. Dos españoles en P... |
| 4. Brazo de hierro. | 21. Esclavitud y rescate. | 38. Intriga macabra. |
| 5. La carabela de la muerte. | 22. Deuda saldada. | 39. La mujer vampiro. |
| 6. El Leopardo. | 23. El holandés fantasma. | 40. El castillo de Civry |
| 7. Cien vidas por una. | 24. "Mezzomorto". | 41. Los cuervos. |
| 8. La bahía de los tiburones. | 25. Mares africanos. | 42. Odisea en Italia. |
| 9. El corso maldito. | 26. Enemigos irreconciliables. | 43. Los cuatro dogos. |
| 10. Rebelión en Martinica. | 27. La ciudad invisible. | 44. La princesa azul. |
| 11. Los filibusteros. | 28. El capitán Lezama. | 45. Tres amores. |
| 12. La primera derrota. | 29. Contra viento y marea. | 46. Escala en Tigrife. |
| 13. La dama enmascarada. | 30. Manopla de terciopelo. | 47. Los negreros. |
| 14. Los tres espadachines. | 31. El caballero errante. | 48. Rumbo al Caribe. |
| 15. Los mendigos del mar. | 32. Sucedió en Sevilla. | 49. Rebelión criolla. |
| 16. El Rey de los Zingaros. | 33. La tizona toledana. | 50. El hijo del Pirata. |
| 17. Noches fantasmales. | 34. Máscara de flores. | 51. El Chacal. |

Un volumen quincenal sólo cuesta **TRES** pesetas

EDITORIAL BRUGUERA BARCELONA